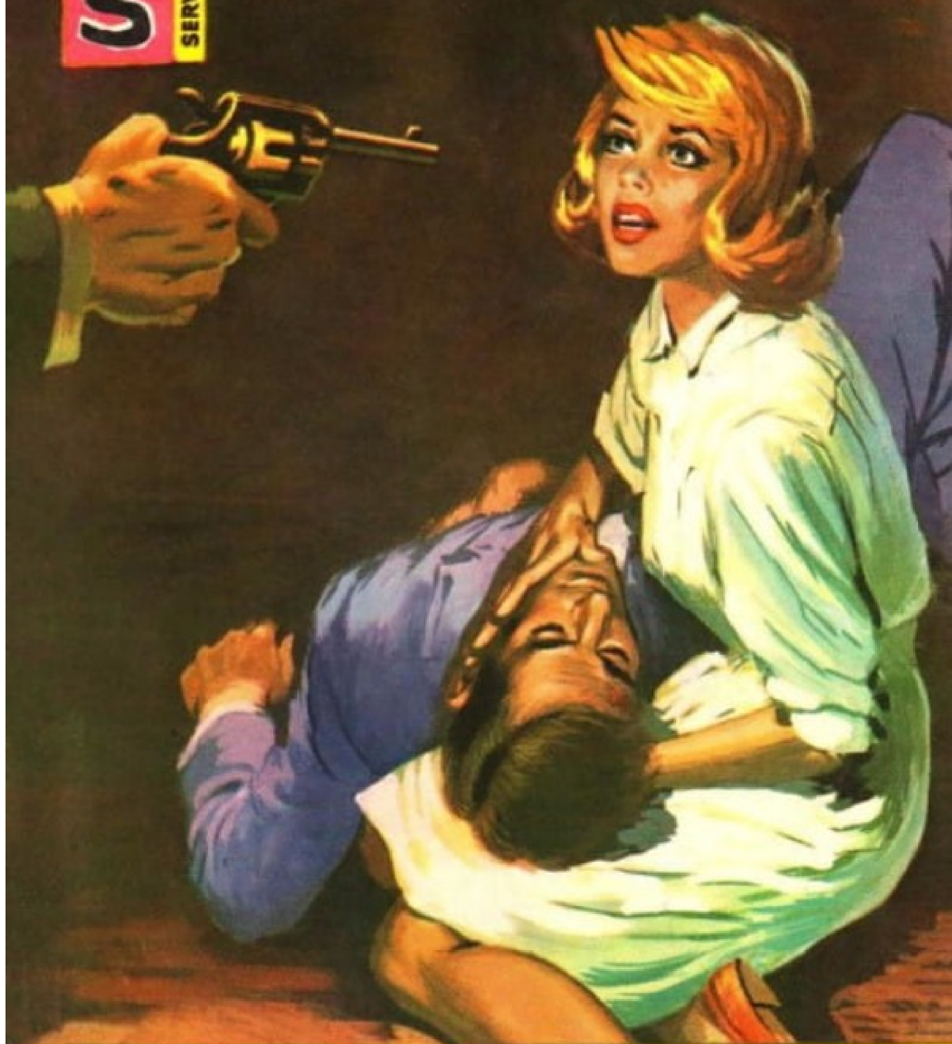


SS
SERVICIO SECRETO
BB
FUGITIVO DE LA MUERTE
Burton Hare

FUGITIVO DE LA MUERTE



BURTON HARE

FUGITIVO DE LA MUERTE

SERVICIO SECRETO n.º 718
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



DEPOSITO LEGAL B 7462 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN - MAYO 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 1144/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:

En Colección PUNTO ROJO:

99 — Tú la mataste.
103 — Por tres centavos la muerte.
106 — Cuando el pasado vuelve.

CAPÍTULO PRIMERO

Sentí deseos de correr, como si una fuerza superior a mí me empujase de manera incontenible. La angustia de aquellos instantes era más fuerte que mi voluntad. Algo tenía que ocurrir, seguro.

Sentía el sudor inundarme el cuerpo, tanto por el calor como por el miedo. Era una noche calurosa, pero no tanto como para transpirar como lo estaba haciendo.

Había sido un loco. Si por lo menos me hubiera llevado dinero cuando me escapé... pero todo había sido demasiado precipitado. Había perdido la serenidad, y a partir de aquel instante todo me había salido mal. Solo podía hacer ya lo que estaba haciendo: Huir.

Instintivamente, apreté la mano sobre el bulto de mi bolsillo. No era posible que eso me saliera bien... Tenían que haberme visto, seguro. De un momento a otro, la pesada mano de un guardia caería sobre mi hombro y todo habría terminado...

Seguí alejándome. Doblé una esquina. La angustia apenas me dejaba respirar. Jamás hubiera podido pensar que la sensación de sentirse perseguido fuera una cosa tan terrible.

Se habían encendido las luces, y la noche cerrada envolvía las calles con sus sombras.

De pronto advertí el salobre olor del mar. Estaba llegando a los muelles. Al mismo tiempo descubrí un callejón oscuro, a cuyo final brillaba una solitaria y pobre luz. Era lo que necesitaba.

Doblé la esquina y me detuve. Estaba solo. Solo al fin, jadeante como si hubiera corrido mil millas. Cerré los ojos y me dejé caer contra la pared, agotado, casi dispuesto a rendirme, a entregarme...

Lentamente, saqué uno de los dos bultos del bolsillo. Era una manzana, pero una manzana grande, de tacto suave, brillante. Le hinqué el diente y la terminé en menos de medio minuto. Saqué la segunda y la engullí con la misma ansia, apenas advirtiendo el sabor, solamente pensando que al fin, después de dos días, algo entraba en mi estómago, aunque solo fueran aquellas dos manzanas robadas de una tienda que, providencialmente, las tenía expuestas en la acera.

Despacio, me dejé resbalar hasta quedar sentado en el suelo. Con los ojos cerrados, apoyé la cabeza en la pared. Sentí deseos de chillar, de llorar... de dormirme para no volver a despertar...

No sé el tiempo que permanecí allí, amodorrado, sintiendo la proximidad del mar. Las espesas sombras que me envolvían se hicieron más densas, la noche avanzó y yo no encontraba fuerzas para levantarme y seguir adelante. Pensé que en los muelles encontraría un lugar donde pasar

la noche. Los párpados me pesaban como si fuesen de plomo... necesitaba dormir, aunque fuera como un vagabundo o una rata de muelle. ¿Qué me importaba eso?

Cuando al fin me levanté y eché a andar, mis piernas acusaron una debilidad alarmante. Tuve compasión de mí mismo. Lo había tenido todo, y todo lo había perdido.

De nuevo la sensación del perseguido, temiendo que cada transeúnte se convirtiese en un policía, huyendo de las luces y fundiéndome en las sombras.

Hasta que llegué a los muelles, donde montañas de fardos, cajas y mercancías formaban auténticas murallas. Flotaba una débil neblina que iba extendiéndose por doquier esparciendo su humedad. Busqué un lugar oculto, y al fin lo encontré a media altura de uno de los montones de fardos. Me introduje en aquel agujero cual una alimaña en su cubil. Busqué una posición más o menos cómoda y cerré los ojos. Si consiguiera dormir...

Pero eso no era nada fácil. Los recuerdos se agolpaban en mi mente con la fuerza propia del miedo. Me sentía acorralado, sin recursos y obligado a huir, a esconderme.

Forzosamente debían estar buscándome también en Los Ángeles. Cuando había escapado de Santa Bárbara debía haber dejado algún rastro. La policía no es tan tonta como creen algunos... seguro que ya estaban enterados de que yo estaba en Los Ángeles. ¿Qué esperanza podía quedarme?

La angustia no me dejaba dormir, y la humedad me producía escalofríos, al enfriar el sudor sobre mi cuerpo. ¿Cómo era posible que una cosa tan espantosa hubiera sucedido? Constantemente veía sus ojos, tan azules y tan hermosos, cambiantes según fuera su estado de ánimo; unas veces fríos y distantes, otras apasionados, anticipándome el placer que ella me brindaba. Y su cuerpo perfecto, como moldeado por un escultor genial... Y sus besos, y sus caricias... y sus embustes.

Todo había terminado. Acurrucado allí, en aquel agujero, no lograba ahuyentar de mí la horrenda visión. Sus ojos ya no expresaban nada, estaban vacíos, apagados cual faros sin luz. Muy abiertos, no veían. También su cuerpo me parecía distinto al recordarlo en aquellos instantes. Seguía siendo hermoso, pero la forzada postura impuesta por la muerte lo convertía en una pesadilla.

Al fin conseguí dormir, aunque por poco tiempo. Me desperté con un violento sobresalto, creyendo sentir en mis muñecas el frío de las esposas. Como en aquel fugaz momento de dos días atrás, cuando la policía me sorprendió al lado del cuerpo inerte, cubierto de sangre, de la que había sido mi mujer...

Había momentos en que pensaba que todo era una pesadilla infernal y que terminaría al despertar. Pero pronto me convencía de que estaba bien

despierto y que la presunta pesadilla era una realidad espantosa.

Si por lo menos tuviera dinero… Pero lo había abandonado todo al escapar. Sin dinero no iría muy lejos…

De pronto mis nervios se tensaron como cables de acero. Agucé el oído. Alguien se acercaba, y a juzgar por sus cautelosos pasos, el hombre avanzaba al acecho, amenazador…

Alargué el cuello y escruté las sombras del muelle.

Los pasos sonaron mucho más cerca. No era posible que vinieran por mí. No podían saber que yo estaba metido en aquel agujero. Pero a pesar de ese consolador pensamiento noté el estremecimiento que recorrió todo mi cuerpo.

Los pasos se habían detenido al pie de donde me encontraba. Taladrando la oscuridad con la mirada, descubrí la agazapada sombra que se incrustaba en la base de la montaña de bultos. ¿Qué estaba haciendo allí?

Pronto lo supe. Otros pasos se oyeron en el silencio reinante, solo roto por el monótono rumor de las quietas olas que lamían el malecón. Fuera quien fuese el que se acercaba, lo hacía con pasos apresurados, aunque sin hacer demasiado ruido, tal vez por calzar zapatos con suelas de goma o de *crepé.*

Vi aparecer al hombre y acercarse confiadamente a dónde estaba el otro emboscado. Estuve tentado de gritar para advertirle el peligro, pero entonces me habrían descubierto a mí. Callé.

Cuando el que llegaba estuvo a la altura del agazapado, este saltó como impulsado por un resorte y cayó sobre su contrincante como bala de cañón. Rodaron por el suelo y se trabó una salvaje y silenciosa lucha. Como dos fieras en plena selva, los dos hombres luchaban brutalmente sin pronunciar palabra ni gritar. Solo el jadeo de su violenta respiración turbaba el silencio.

Los contemplé hipnotizado por el espectáculo. Los golpes sonaban apagados, secos. De vez en cuando, algún gemido delataba el dolor producido por semejantes mazazos…

Hasta que uno de ellos logró incorporarse y, mientras el otro lo intentaba también, vacilante, le descargó un golpe en la nuca capaz de apuntillar un buey. El desgraciado cayó fulminado sin un quejido, igual que muerto. Tal vez lo estaba.

Pude ver al vencedor como se inclinaba sobre su víctima y le registraba los bolsillos. Soltó un gruñido al no encontrar lo que buscaba. Al fin le desabrochó el cinturón y los pantalones. No pudo contener una exclamación y, casi con frenesí, empezó a desabrochar también un cinto que rodeaba el cuerpo del caído.

Ahora bien; yo no había pensado intervenir. Ya estaba acorralado para buscarme más complicaciones. Tal vez fue la vista del cinto de que se iba a

apoderar el vencedor, y el pensamiento de que, si contenía dinero, podía ser mi salvación lo que me decidió. En todo caso, permanecí indeciso hasta el último instante. Vi como el hombre se incorporaba con el cinto en sus manos, dispuesto a echar a correr… y entonces salté desde la altura de mi escondrijo.

Caí de pie sobre él. Las suelas de mis zapatos se incrustaron en sus hombros, hundiéndolo bajo mi peso. Soltó un grito de dolor y rodó por el suelo bajo mi peso. Aturdido, me levanté tan rápidamente como pude y le sacudí un puñetazo en la cara. Su cabeza resonó contra el cemento. Apenas se movió.

Inclinándome, le sujeté violentamente por las ropas y le obligué a incorporarse un poco, lo justo para sacudirle de nuevo con todas las fuerzas que fui capaz de reunir. Volvió a caer y a golpear el suelo con la cabeza.

Quedó allí, gimiendo y tratando de verme en la oscuridad. Comprendí que el hombre estaba aterrado por algo.

El cinto había caído a un lado y me apresuré a apoderarme de él, dispuesto a echar a correr. Pero cuando me incorporaba, mi víctima gimoteó:

—Yo no sabía para quién trabajaba Carney… Por favor, díselo a Bucky…

Quedé inmóvil. ¿A qué se refería el tipo?

Coloqué el cinto alrededor de mi cuerpo y me acerqué a él.

—¿Qué diablos estás haciendo? —dije en todo bravucón, en un intento de impresionarle.

—Creí que Carney operaba solo…

—Mientes.

—¡No! Te juro que pensé que Carney era un lobo solitario… Si hubiese sabido que trabajaba para Bucky jamás habría intervenido.

—¿Cómo sabes que trabaja para Bucky? —pregunté, casi obligado por las circunstancias. Pensé quo si echaba a correr, demostrando el miedo que sentía, el tipo podía envalentonarse y causarme dificultades.

—¿Para quién, si no? —murmuró, sentándose con dificultad—. ¿Le dirás a Bucky que lo siento mucho? Todo ha sido una confusión.

—Sigo creyendo que mientes…

—Estás equivocado. ¿Crees que habría atacado a Carney, si hubiese sabido que operaba acompañado?

—Está bien —concedí—. Levántate.

Lo hizo dejando escapar un surtido de quejas y gemidos. Tenía los labios partidos y la sangre manchaba su cara. Se quedó allí, quieto, mirándome como un perro apaleado. No era gran cosa físicamente, ya que su estatura no pasaba de mediana.

—¿Llevas armas? —pregunté, hundiendo mi mano en el bolsillo como

si estuviera empuñando una pistola.

Vaciló solo un instante. Dijo con voz temblorosa:

—Sí… Pero te juro que no pensaba usarla contra ti.

—Saca el arma con dos dedos y déjala caer al suelo. Cuidado cómo lo haces.

Obedeció, sumiso. Por lo visto, su miedo a Bucky era rayano en pánico.

Algo metálico rebotó contra el cemento. Me incliné sin perderlo de vista y me apoderé del revólver, un «38» a juzgar por el tamaño.

Con él en la mano ordené:

—Vámonos de aquí, amigo. Echa a andar, quiero verte delante de mí.

Eso acabó con él resto de su serenidad.

—¡Por favor, no…! Bucky me matará sí…

—Cállate. Y anda delante de mí.

Dio un par de pasos y se detuvo. Volviendo solamente la cabeza dijo, señalando al caído que quedaba en el suelo:

—¿Y Carney?

—Al diablo con él. Supongo que sabrá encontrar el camino.

Le empujé con el cañón del revólver. Hasta ese momento yo no había pensado qué iba a hacer con el hombrecillo. Tampoco se me había ocurrido pensar en la manera cómo me desembarazaría de semejante estorbo. Creo que mi única idea en aquellos instantes era verle la cara a la luz de un farol.

Y cuando lo conseguí tuve una sorpresa. El individuo no pasaría de los dieciocho años, si es que los tenía. Pálido, con unos ojos asustados y muy negros, me miraba como si yo fuera un astro de Hollywood.

—¿Le dirás a Bucky que he sido yo? —balbuceó.

—¿Tanto miedo le tienes?

—¿Y quién no?

—¿Por qué lo has hecho? —pregunté.

Arrugó el entrecejo, como buscando una respuesta, o tal vez pensando que la respuesta era su mismo acto. ¿Por qué se asalta a un tipo con un cinto sobre el vientre?

—Bueno, yo… —se interrumpió, para añadir al instante—. Quería demostrarles que sé desenvolverme.

Quedé mudo de asombro.

—¿Demostrar qué?

—Que puedo hacer como cualquiera de vosotros… Ya no soy un niño, ¿comprendes? Los muchachos hablan siempre de estas cosas como si fueran algo del otro mundo.

—No lo entiendo —gruñí, desconcertado.

—Claro, tú has llegado arriba. Eres un tipo importante, pero, ¿y nosotros?

Estupefacto, permanecí mirándole sin encontrar palabras. Por lo visto,

el mozalbete opinaba que *llegar arriba* era ser un pistolero.

—Ya veo —dije—. Bien, tranquilízate. Bucky no sabrá nada de esto...

Pegó un respingo y me interrumpió con entusiasmo.

—Gracias, amigo. No lo olvidaré nunca...

—Bucky no lo sabrá jamás —seguí con catana—, por la sencilla razón de que no sé quién demonios es ese Bucky.

Le tocó a él quedarse mudo de estupor. Cuando recuperó la voz balbuceó:

—¿No trabajas para Bucky?

—No.

—Pero... pero tú ibas con Carney...

—No lo había visto jamás hasta esta noche.

—No puedo creerlo...

—Yo estaba durmiendo en el montón de fardos donde te has apostado. ¿Comprendes ahora?

Lo comprendió. Apreté el revólver, por si le daba por recuperar el cinto. Pero solo murmuró:

—Esta es buena.

Inesperadamente, y por entre sus labios rotos, dejó escapar una risita de burla. Estaba riéndose de sí mismo.

—He sido un imbécil —logró articular—. Esto me servirá de experiencia.

—Eso espero...

Estaba pensando en la manera de alejarme sin peligro cuando él me sorprendió con una propuesta. Dijo jovialmente:

—¿Tomamos una copa, amigo? Creo que nos la hemos ganado. ¿Qué dices?

—¿Pretendes recuperar el cinto?

—Ni hablar. Sé cuándo he perdido. Además, tú tienes el revólver. Te juro que no te guardo rencor. Todos tenemos derecho a la vida. ¿Vamos?

—Te advierto que no tengo un centavo... Como no eche mano al contenido de ese cinto...

—De nada te serviría para pagar las copas. No te preocupes, yo pago.

Echó a andar y le seguí, hasta colocarme a su lado. Entonces le pregunté:

—¿Tú sabes qué contiene?

—Claro.

—¿Qué?

—*Nieve.*

—¿Nieve?

—Naturalmente, chico. ¿Qué te creías? Por lo menos vale veinte mil si uno sabe cómo colocarla.

—Vamos a ver... ¿Qué demonios es eso de la nieve?

Se detuvo en seco y me miró, estupefacto.

—No me digas que no lo has probado nunca...

—No, nunca. Ni siquiera sé a qué te refieres.

—¡Qué me emplumen! —exclamó, incrédulo—. ¿No sabes qué es la *coca?*

La comprensión entró en mi mente como un fogonazo.

—¡Cocaína! —dije, casi sin voz.

—Habla bajo, tonto. Si alguien te oye, estamos fritos. ¿De dónde diablos has salido tú?

—Cocaína —murmuré, todavía asombrado.

—Eso es, repítelo. ¿Por qué no lo pregonas a gritos por las calles? Crees que es así como se encuentran los clientes?

—Vamos, creo que necesito esa copa de que has hablado.

Reanudamos la marcha en silencio, alejándonos de los muelles.

En mi interior estaba agigantándose el miedo, a pesar de todos mis esfuerzos por dominarlo. Si la policía me detenía y encontraban sobre mí el cinto y el revólver podía considerarme acabado definitivamente. Era lo único que faltaba para que el cuadro, para ellos, quedase redondeado y listo.

Nos detuvimos en una esquina desierta, en el barrio portuario. Allí, mi acompañante sacó un pañuelo y trató de limpiarse la sangre que embadurnaba su cara. Pero se cansó pronto del intento.

—Al diablo —gruñó—. Ya me arreglaré en el lavabo.

Reemprendimos el camino. Entonces pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Benny... Benny Lade. ¿Y tú?

Estuve a punto de delatarme. Instintivamente iba a darle mi verdadero nombre. Tuve que inventar uno a toda prisa.

—Jack Yale —mentí.

—¿Eres forastero?

—Sí.

—¿De dónde?

Nueva vacilación por mí parte. Luego:

—San Diego.

Anduvimos otro trecho sin despegar los labios. Y también fue él quien inició el diálogo:

—¿Cómo están los asuntos por allá?

—¿Qué asuntos?

—Chico, o hablamos distintos idiomas o no eres más que un pardillo. ¿Qué asuntos van a ser? Los corrientes...

—Ya veo... —aunque maldito si le entendía.

—Escucha —prosiguió, con su misma voz petulante—. ¿De qué andas huyendo?

El sobresalto se me notó incluso en la oscuridad. Tuve que hacer un gran esfuerzo para hablar.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No hay más que verte. Forastero, durmiendo entre los fardos del muelle, sin un centavo en el bolsillo y con barba de dos días… y por estos barrios. No puede ser otra cosa. ¿O crees que me chupo el dedo?

—Estoy convencido de que no…

—¿Robo?

—¿Qué?

—Chico, habrá que hablarte con el diccionario en la mano. Te pregunto si te persiguen por algún robo.

—Comprendo… No, no es por robo.

—Está bien, puedes guardártelo si no quieres hablar. Aunque por aquí todos somos de confianza. Yo y los muchachos… y también algunas de las chicas. Ya los conocerás.

A pesar de que casi le doblaba la edad, el muchacho demostraba mucha más seguridad en todo que yo.

—No es por desconfianza —dije—. Pero… En fin, quizá te lo diga más adelante. ¿Tú vives por aquí?

—Seguro. En Rimmy Street —soltó otra de sus risitas cargadas de burla y añadió—: Aunque no lo parezca, este barrio también es Los Ángeles.

Seguí andando a su lado. Inconscientemente, había perdido parte de mi miedo, tal vez debido a la compañía de un ser humano, o a escuchar una voz que no me acusaba…

—¿Hay muchos policías por aquí? —pregunté, al doblar la esquina de una calle más iluminada.

—No. Te apuesto a que no verás ninguno en toda la noche. Nunca meten las narices por el barrio a menos que anden detrás de alguno… No —repitió, irónico—; no les gustan estos parajes.

—¿Te he hecho daño, Benny?

—Claro que me has hecho daño —gruñó, aunque sin expresar ningún rencor en su voz—. Pero eso son gajes del oficio. Yo también se lo he hecho a Carney… Aunque te apuesto que él sí guardará rencor al que le ha atizado.

—Pero no sabe que has sido tú.

—No. Y no seré yo quien se lo diga. Carney es un mal bicho…

—¿Y quién es ese Bucky de quien hablabas?

—Olvídalo. Todo lo que concierne a ese mal bicho huele a muerto.

—Vaya…

—¿Piensas quedarte aquí?

—Pues sí… suponiendo que encuentre algún dinero y un lugar donde dormir.

—¡Que me emplumen! —exclamó—. Dinero. Y llevas veinte mil en el

cinto… Bueno, en cuanto a un agujero donde dormir yo me encargaré de eso. Conozco el terreno, ¿sabes?

—Empiezo a creer que eres un gran tipo.

—Lo soy —afirmó, petulante—. Y espera a conocer a los demás. Te aseguro que ninguno es blando precisamente. Ya llegamos… ahí, ¿ves las luces? Aquello es nuestro punto de reunión.

El rótulo luminoso ponía un poco de luz al fondo tétrico del callejón. Un lugar deprimente, sucio y oliendo a diablos. Pero, si no se complicaban las cosas, para mí era un refugio como otro cualquiera.

Avancé al lado de mi compañero. El rótulo parpadeaba, pregonando que aquello era el «Remy’s Club».

Benny empujó la puerta y entré tras él.

CAPÍTULO II

Un tramo de escaleras nos llevó a un sótano alumbrado tan pobremente que parecía una cueva. Media docena de parejas se apretujaban en una diminuta pista, mientras un quinteto asesinaba una dislocada pieza más o menos tropical.

Había un mostrador a la derecha, separado de la pista de baile por una fila de mesas, todas ocupadas por gente joven. Su vestido recordaba la monotonía de los uniformes; pantalones estrechos, camisas de colores oscuros y cazadoras, muchas de ellas de cuero.

Benny gruñó, guiándome hacia el mostrador:

—Después conocerás a los muchachos. Ahora vamos a beber.

Pidió dos *whiskys*. Advertí que allí dentro extremaba su aire fanfarrón, seguro de sí y de la admiración de los demás. Descubrí también las miradas que le dirigían algunos de los chicos reunidos en las mesas. También las muchachas parecían muy interesadas en hacerse notar. Pero Benny, dedicado al parecer a saborear el *whisky*, no les prestaba ninguna atención.

De pronto murmuró:

—¿Quieres asistir a nuestra reunión?

—¿Para qué?

—No sé... Pero yo soy el jefe de la pandilla, ¿sabes?

—Ya veo.

Quería que le admirase en su reino. Seguramente deseaba también hacerme comprender que, a pesar de haberle vencido en nuestro primer encuentro, allí, y en aquellos momentos, él era el «jefe».

—¿Quieres? —insistió.

—De acuerdo.

Pagó las bebidas y giró sobre sus talones, acodándose en la barra. Paseó la mirada por la concurrencia, en una actitud fría y desafiante, seguramente aprendida de algún *gangster* de película. Sin embargo, advertí la admiración de algunas de las chicas, y la ansiedad con que le miraban los jóvenes que llenaban el pequeño local. Ni uno de ellos debía haber cumplido todavía los dieciocho años, y algunos tendrían alrededor de dieciséis.

Cuando estuvo seguro de que todos le habían visto, Benny se apartó perezosamente del mostrador y gruñó autoritariamente:

—Sígueme.

Fui tras él hacia el fondo envuelto en sombras. A medida que pasábamos por entre las mesas resonaban apagados murmullos de

salutación. Todos rivalizaban en demostrarle al «jefe» que estaban allí, aunque Benny no respondía a nadie.

Abrió una pequeña puerta, tanteó la pared y encendió una solitaria luz que pendía del techo. Vi que estábamos en un diminuto almacén lleno de cajas, alguna mesa rota y sillas desvencijadas. Lo atravesamos también, sorteando los obstáculos, y cuando me di cuenta Benny estaba empujando una estiva de cajas vacías. Detrás apareció otra puerta, que abrió, y entramos en una habitación sin ventanas, alumbrada también por una desnuda bombilla. Había una mesa vieja de oficina y diez o doce sillas esparcidas por todo el espacio.

—Este es nuestro refugio —explicó—. Trae una silla y siéntate aquí, al lado de la mesa.

Me di cuenta que detrás de esta había dos sillas. Pensé que una sería para su lugarteniente. Todo organizado como las pandillas de *gangsters* que el cine nos describe.

Arrastré una silla y me senté a un lado de la mesa. Benny se dejó caer en otra y suspiró, diciendo:

—La verdad es que me duele todo el cuerpo. Pegas como un demonio, Jack.

—Lo siento. He creído que había dinero en el cinto.

—Y lo hay.

—Quiero decir dinero contante, billetes. Es lo que me hace falta.

—Puedes conseguirlos fácilmente si vendes la *coca.*

—No quiero saber nada con eso —dije rotundamente. Su expresión de asombro no tuvo nada de fingida.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

—Claro que hablo en serio.

—Entonces... ¿Te importaría devolverme el cinto?

—Te lo devolveré.

—Ahora, ¿no comprendes? Antes que empiecen a entrar...

Se lo entregué casi experimentando una sensación de alivio. Maldita la gracia que podía hacerme llevar aquello encima.

Él se apresuró a esconderlo. Encendió un cigarrillo después de ofrecerme otro. Era el primero que saboreaba en dos días.

Entonces empezaron a entrar.

Primero lo hizo un muchacho muy joven que dijo:

—Hola, Ben —y se sentó en una de las sillas.

Después, y a intervalos, hicieron su aparición otros chicos y tres muchachas, también ataviadas con sus pantalones y cazadoras. Todos saludaban al sentarse.

Ya casi no quedaba ni una silla libre cuando entró ella.

Tendría unos veinte años, pero en mi vida había visto una muchacha semejante. Los pantalones y el suéter que llevaba no conseguían velar

siquiera la majestuosa forma de su cuerpo juvenil. Una larga melena caía sobre sus hombros dando la sensación de descuido en su peinado, pero el cabello era suave y brillante. Avanzó hacia la mesa dónde estábamos Benny y yo. Sus enormes ojos se posaron en mí con curiosidad, pero enseguida los desvió, dejándolos caer sobre el muchacho. Su voz acariciante, un poco ronca, murmuró:

—Hola, Benny…

—Siéntate —ordenó el aludido.

Así que la silla vacía era la suya. La observé mientras estiraba las piernas y adoptaba una postura cómoda. Tenía unas piernas largas y unos tobillos gráciles de bailarina. Calzaba sandalias abiertas, de tiras.

La voz de Benny restalló como un látigo:

—¿Quién es el que falta? —preguntó abruptamente.

Una voz anunció:

—Jimmy.

—Maldito sea. Por lo visto cree que esto es un juego —refunfuñó el «jefe».

Observé la reunión. Una pandilla. Una serie de muchachos que acabarían tras las rejas de una cárcel si el destino no los apartaba del camino que llevaban. Eso suponiendo que no fueran a parar a la cámara de gas.

Pero, ¿quién era yo para juzgarlos? Yo, un perseguido por la Ley, acusado de asesinato.

Benny habló de nuevo:

—Bueno, hace cuatro días adoptamos una decisión. ¿Cuántos la han cumplido?

Inquietos, todos empezaron a mirarse unos a otros. Solo dos levantaron la mano. Benny ordenó:

—Veámoslo.

Los dos abandonaron sus puestos y se acercaron a la mesa. Uno de ellos depositó algunos billetes delante de Benny, y el otro un pequeño paquete. Luego, dieron media vuelta y regresaron a sus asientos.

Lentamente, con calma estudiada, Benny procedió a contar los billetes. Su voz fue burlona cuando anunció:

—Cuarenta y dos dólares —y dejó el dinero a un lado con estudiada indiferencia.

Entonces procedió a desenvolver el paquete. Apareció una cajita, que también destapó. Quedó inmóvil mirando el contenido con ojos incrédulos.

—¿Qué es eso? —murmuró, atónito.

Alargué el cuello. Era una cámara fotográfica de pequeño tamaño, muy valiosa. Una cámara de profesional.

Benny la sacó y pasó unos instantes examinándola con interés.

—¿De dónde la has sacado? —quiso saber.

El muchacho que la había traído explicó con orgullo:

—Vi a un tipo que se escabullía por una esquina. Me pareció que ocultaba algo… Bien, le sacudí y le quité la cámara, que era lo que estaba ocultando.

—¿Qué le pasó al tipo? —siguió interrogando Benny.

—Quedó tendido. Le pegué duro… con un calcetín de arena.

—¿Te vio?

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—Muy bien —aprobó el «jefe»—. Esta cámara valdrá un centenar de dólares. Te has portado como los buenos, pero… ¿Y los demás?

Paseó la mirada acusadoramente entre el resto de la pandilla. Todos esquivaron el escrutinio excepto las chicas que aprovecharon para sonreírle.

Y entonces estalló. Golpeó la mesa con el puño y bramó:

—¡Atajo de inútiles! Debería romperos la cara a todos. ¿Creéis que esto es un juego? Cuando adoptamos una decisión, se cumple a rajatabla. Y si yo doy una orden…

Calló al sentir sobre su brazo la mano de la muchacha que se había sentado a su lado.

—¿Qué te pasa a ti? —gruñó.

—¿No crees que deberías empezar por dar ejemplo? —murmuró ella con voz que fue escuchada por todos.

Hubo algunos murmullos entre la concurrencia. Benny pegó un puñetazo sobre la mesa y gritó:

—¡Silencio! —se volvió a la muchacha y mascculló—. Y que seas tú precisamente quien me haya dicho eso… Pero ya ajustaremos cuentas.

Teatralmente, sacó el cinto y lo arrojó despectivamente sobre la mesa.

Todos se inclinaron para verlo, incluso la despectiva muchacha.

Alguien preguntó:

—¿Qué contiene, Benny?

—Algo que vale veinte mil dólares.

—¡No!

La exclamación fue unánime. Saltaron de sus sillas y rodearon la mesa, expectantes. Una mano se acercó al cinto, pero el puño de Ben la aplastó contra la madera brutalmente. Dijo, amenazador:

—Cuando yo quiera que lo toques te lo diré, John.

John ahogó un lamento y se acarició la mano.

Casi no podía creer lo que estaba viendo. Una banda de delincuentes juveniles, rivalizando entre ellos para ver quién robaba lo más valioso, como entrenamiento. Y tenían también sus muchachas como todo pistolero que se estime.

—¿Qué es lo que hay en ese cinto? —preguntó finalmente la muchacha que había desafiado a Benny.

—*Nieve.*

Las exclamaciones fueron esta vez tan fuertes que Benny tuvo que emplearse a fondo para restablecer el orden. Conseguido esto ordenó, furioso:

—Todos a sus puestos, inútiles.

Obedecieron. Restablecido el silencio, repitió:

—*Nieve* por valor de veinte mil pavos. Y sin costarnos un centavo.

Despectivo, se volvió hacia la muchacha que seguía sentada a su lado, muy tiesa, y preguntó:

—¿Sirve eso de ejemplo para ti, Judith?

Ella asintió con un brusco movimiento de cabeza. Instantáneamente, la mano de Benny restalló contra su mejilla.

El bofetón estuvo a punto de arrojarla fuera de la silla. Se hizo un silencio denso y amenazador. Estuve tentado de acudir en favor de la chica, pero pensé que a fin de cuentas a mí no me iba nada en todo aquello. Si aquella pandilla de mozalbetes querían jugar a pistoleros allá ellos. Yo tenía mis propios problemas que resolver, y no eran pequeños que digamos.

Judith ahogó un sollozo y sus ojos relampaguearon al posarse en su compañero, desafiantes. Sin embargo, mantuvo la boca cerrada y acabó por encogerse de hombros, sin dejar de acariciarse la castigada mejilla.

Con parsimonia, Benny enrolló el cinto, juntó a él la máquina fotográfica y lo apartó todo a un lado. Luego jugueteó un instante con los billetes y al fin los empujó hacia mí, diciendo:

—Para ti, Jack. De momento te sacarán del apuro. Hubo un murmullo de protestas entre los reunidos. Sin poderlo evitar, busqué con la mirada al muchacho que los había entregado y le sorprendí mirándome con expresión muy poco amistosa.

Dije:

—Gracias, Benny, pero no creo que deba aceptarlos.

—¿Por qué no? Yo te los regalo.

—Sí, pero…

—A callar —ordenó, como si yo fuera otro de sus admiradores—. Son para ti. Estás en un apuro y los necesitas más que nosotros. Algún día me los devolverás… En cuanto a los demás… —volvió la mirada hacia el grupo y gruñó—: Si hay alguno que tenga algo que decir que lo diga ahora.

Judith volvió a dedicarme su atención. En sus hermosos ojos había una mirada de interrogación. Y fue ella quien habló antes que nadie.

—¿Quién es tu amigo, Ben? —preguntó.

—¿Jack? Pues es… eso; un amigo. ¿Hacen falta más explicaciones?

Una voz dijo:

—Yo creo que sí.

Benny pegó un respingo y buscó con la mirada al que había hablado.

—Veamos —gruñó—. ¿Qué te pasa a ti, «Littel»?

Un tipo bajito, aunque con anchos hombros, se levantó y habló con tono seguro:

—Ese Jack no me parece de los nuestros. Tiene muchos años…

Benny rio torciendo la boca. Pensé otra vez en los *gangsters* de película, cuyos gestos imitaba. Preguntó sardónicamente:

—¿Cuántos años tienes, Jack?

—Treinta y dos —dije.

—Ya lo has oído, «Littel». ¿Te parece un viejo?

—Es mucho mayor que nosotros —insistió el muchacho—. ¿Quién nos asegura que no es un «canario»?

—¿Quién, Jack? —se burló Benny—. No seas imbécil. Tiene a toda la policía del país siguiendo sus huellas.

Eso no era exactamente cierto, pero callé, asombrado al ver el cambio operado en todos ellos. Sus miradas, clavadas en mí, expresaban una admiración sin límites, como podrían expresarla al mirar a una luminaria de Hollywood. Por lo visto, el ser un perseguido por la policía era el no va más del heroísmo según su particular punto de vista.

Tras el silencio que siguió a la declaración de Benny, se elevaron una serie de murmullos, hasta que uno de ellos preguntó:

—¿Qué piensas hacer con el contenido del cinto, Benny?

—Buscaré un comprador de confianza y repartiremos los beneficios. Haré igual con la cámara fotográfica. ¿Alguien no está de acuerdo?

Nadie protestó. En vista de la aprobación a sus planes, Benny empujó de nuevo los cuarenta y dos dólares hacia mí.

—Sácalos de mí vista, Jack —masculló.

Los guardé en el bolsillo. Realmente, el dinero me hacía muchísima falta. Benny se puso de pie y habló con su voz autoritaria:

—Creo que esta noche ha quedado claro para todos que no estamos jugando. Lo nuestro es un negocio. ¿Está claro? Bien, dentro de cinco días nos reuniremos de nuevo. Quiero resultados. Todos tenemos que aportar la parte que nos corresponde a ese negocio, ya que además nos sirve de entrenamiento. Tengo grandes proyectos, muchachos, de los que hablaremos más adelante, cuando sepa seguro quiénes sirven y quiénes no. ¿Comprendido?

Todos asintieron, levantándose también. Antes de que salieran, Benny añadió:

—En la próxima reunión repartiremos los beneficios de lo que hemos reunido hoy.

Fueron saliendo a intervalos. Mientras hubo uno de ellos a la vista, Benny permaneció callado, pero cuando quedamos solos él, Judith y yo,

me miró sonriendo.

—¿Qué te han parecido? —preguntó.

—¿Te das cuenta de lo que estas haciendo? —dije a mí vez.

—¿Qué?

—Vais derechos al fracaso —afirmé—. Casi todos son unos chiquillos. En cuanto la policía eche el guante a uno, caeréis todos.

—Narices. Puedes confiar en ellos. Bueno, vamos a ver el asunto de tu alojamiento. ¿Qué te parece a ti, Judith?

—No sé nada —respondió ella desabridamente.

—Vamos, no me guardes rencor —rio Benny—. He tenido que hacerlo. Es preciso que todos sepan quién es aquí el jefe. ¿Dónde podríamos alojar a Jack por unos días? Necesita una habitación de confianza…

Judith me miró. Luego le miró a él y se encogió de hombros.

—Podrías preguntarle a Buchalter… Por lo menos estaría seguro.

Benny soltó una exclamación y asintió:

—Naturalmente. ¿Cómo no se me habrá ocurrido? Es el lugar ideal. Vamos.

Echó a andar hacia la puerta. Judith se levantó y me dedicó una sonrisa, al mismo tiempo que murmuraba:

—Buchalter es de confianza… De mucha confianza, Jack.

Salimos los tres. Al atravesar el salón volvieron a producirse los saludos, de despedida esta vez. Judith se colocó al lado de Benny, y al llegar a la acera se colgó de su brazo.

Él dijo:

—Te aseguro que hemos encontrado el sitio ideal para ti, Jack. No hay policía en el mundo capaz de descubrirte, si Buchalter no quiere.

—Siempre es un consuelo.

Judith preguntó:

—¿Por qué te buscan?

No respondí. Fue Benny quien habló:

—Acostúmbrate a no hacer preguntas.

—¡Oh, al diablo! —refunfuñó ella.

Benny soltó una carcajada y le rodeó la cintura con el brazo, apretándola contra sí. Durante unos minutos andamos sin decir una palabra y aproveché para admirar el grácil cuerpo de Judith, juvenil y prieto, cimbreante, provocativo. Ella se dio cuenta de mi escrutinio, porque sonrió y me miró fijo unos instantes. Luego, Benny volvió a reír y explicó:

—Verás cómo es un buen escondrijo. Buchalter es un gran tipo. Alquila habitaciones sin pedir documentos, ¿tú me entiendes? A parejas… y la policía lo sabe, pero no se meten con él.

—Eso no me gusta mucho —dije—. Pueden decidir una revisión y…

—Olvídalo. Las habitaciones que alquila públicamente son las únicas

que revisaría la policía en caso de meter las narices. Pero las que él alquila a gente de confianza están situadas en su vivienda particular. Estas son tan seguras como una caja de caudales.

⋆ ⋆ ⋆

El tal Buchalter era un tipo de unos cincuenta años, encorvado y de rostro innoble. Su nariz aguileña le daba aspecto de ave de presa, a lo que contribuían sus ojillos diminutos y muy juntos. Una mata de pelo enmarañado coronaba su puntiaguda cabeza.

Benny hizo las presentaciones. Judith se quedó a mí lado. Los dos estuvieron hablando un par de minutos y comprendí que el muchacho regateaba el precio, aunque desde dónde estábamos la chica y yo no podía entender lo que decían.

De pronto, ella habló suavemente:

—Aquí podrás traerte hasta una amiguita —dijo.

—¿Sí? ¿Crees que soy un capitalista?

—Ya sé que no, pero a veces no se necesita dinero.

La miré. Me sonrió, más provocativa que nunca. Comencé a inquietarme al pensar en las complicaciones que podría acarrearme aquella chiquilla, si Benny advertía sus devaneos.

—Todo arreglado —anunció Ben, acercándose—. Tienes una habitación para ti solo.

—¿Y el precio?

—Tres pavos al día, pero solo porque se trata de un amigo mío. Ven, vamos a verla.

Buchalter no había abierto la boca. Con el mismo silencio nos guio por un pasillo mal alumbrado, unas escaleras, otro pasillo y otro tramo de escaleras. Se detuvo ante una puerta. Allí habló por primera vez. Dijo:

—Esta es la habitación. Nadie vendrá a molestarlo aquí, y tiene la ventaja de que puede salir y entrar por la escalerilla trasera… por aquella puertecita —señaló al final del pasillo y añadió—. Da al callejón de atrás y nunca hay nadie por allí, excepto los gatos y los cubos de basura.

La habitación era pequeña y sucia. Tenía una cama de hierro, un lavabo adosado a un rincón y una mesa con la superficie quemada por innumerables puntas de cigarrillo. Una puerta comunicaba con un cuarto de baño que se compartía con la habitación de al lado. Un armario empotrado ocupaba una de las paredes.

—Tu palacio —rio Benny—. Ya te veré mañana, Jack… Quiero hablar contigo.

Buchalter se dirigió a la puerta.

—Salid por la escalera que os he indicado— les dijo a la pareja.

Y se fue. Entonces le tendí la mano a mí guía y le di las gracias. El hizo un ademán como quitándole importancia al asunto, pero dando a entender

que quién era realmente importante era él. Judith sonrió y siguió mirándome.

Benny gruñó:

—Tengo que buscar a alguien a quién venderle el cinto y la cámara, Jack, o sea que no sé a qué hora podré verte… De todas formas, me encontrarás en el «Remy's» por la noche.

Entonces se me ocurrió la idea y le detuve cuando ya se encaminaba a la puerta.

—Espera, Benny. Antes de vender la cámara…

—¿Qué?

—Asegúrate de que no hay ningún *clixé* impresionado… podría traerte complicaciones según la fotografía que hayan tomado. Por lo que ha dicho aquel muchacho, el que la llevaba parecía escabullirse después de tomar alguna foto.

—No había pensado en eso… tienes razón. Pero, ¿cómo sabremos la fotografía que hay? No puedo ir a una tienda y…

Judith le interrumpió. Dijo:

—¿Te has olvidado de mi hermano? Es aficionado a la fotografía y tiene un pequeño laboratorio instalado en casa…

—¡Estupendo! Niña, eres mi salvación en todos mis apuros. Se la daremos a Tony para que vea si hay algo impresionado. Vamos, cariño.

La empujó hacia la salida. Ya en la puerta, ella se volvió y me sonrió.

—Ya nos veremos, Jack…

—Seguro, Judith.

Al quedar solo, envuelto en el silencio, dejé vagar mi mente en una rápida visión de los últimos acontecimientos. Tuve que reconocer que había tenido una suerte loca al tropezar con Benny. Él y su pandilla eran carne de presidio, o por lo menos lo serían a no tardar, pero eso no debía importarme a mí. Si tenía una cama donde dormir a él se lo debía.

Me desvestí rápidamente y me dejé caer sobre el lecho.

Pensé en Judith también. Su recuerdo me turbaba de extraña manera. Tan joven… y por su actitud y manera de expresarse parecía mucho mayor. Aquella debía ser la juventud desesperada, inadaptada, de que tanto había oído hablar pero de la que nunca me había preocupado.

Me quedé dormido con la imagen de la muchacha fija en mi retina.

Por lo menos alegró mi sueño.

CAPÍTULO III

Durante todo el día siguiente no supe una palabra de mis nuevos amigos.

Salí a media tarde, cuando desperté, y estuve fuera el tiempo justo de comprar un periódico y comer algo en un tugurio cercano. Después regresé a la habitación, me tendí en la cama y busqué en el diario alguna noticia sobre mí.

No había más que un pequeño suelto en la última página informando de que el crimen de Santa Bárbara seguía sin resolver, pero que la policía seguía muy de cerca la pista del asesino. Añadían que este, siendo un hombre ajeno al mundo del hampa, no tardaría en caer en su poder. Estaban seguros que se había dirigido a Los Ángeles y la policía de la ciudad estaba colaborando en la captura.

Bien, no me intranquilizó demasiado todo aquello. Alguna cosa tenían que decir para justificarse. Lo malo era que, lanzados detrás de mí, no se preocupaban de lo verdaderamente importante.

Leí el periódico de arriba abajo, hasta los anuncios.

Encontré la información sobre un crimen cometido en la ciudad. Una mujer había sido estrangulada en alguna parte y el cuerpo arrojado a un campo de golf de Santa Mónica. La víctima había sido identificada como una actriz de segunda fila llamada Ada Palmer. Había una fotografía de la mujer. Recordé haberla visto en alguna película, no hacía mucho tiempo. Era hermosa, con ese cuerpo que Hollywood ha popularizado, lleno de curvas sinuosas, altivos senos y mirada lánguida. Una verdadera belleza que podía haber subido muy lejos según el reportero. A todo lo que había llegado era a un campo de golf.

Estuve contemplando la fotografía unos instantes, y cuando me di cuenta había dejado de verla y en su lugar, ante los ojos de la mente, estaba viendo a otra mujer, también estrangulada con una media, tendida en un diván… Mi propia esposa.

Sacudí la cabeza y arrojé el diario a un lado. Encendí un cigarrillo y dejé que el humo ascendiera hacia el techo, mientras me esforzaba en no pensar.

La tarde cayó y las primeras sombras invadieron la habitación. El opaco resplandor de las luces que entraba por la ventana era insuficiente para alumbrar el cuarto. Seguí tendido, pensado desesperadamente en mi situación, buscando una salida que no encontraba.

Unos golpes en la puerta rompieron mis pensamientos.

—¿Quién? —pregunté, inquieto.

—Abre, Jack...

Me levanté de un salto. Abrí la puerta y Judith entró rápidamente. Cerré, y cuando me volví ella estaba sentada en el borde del lecho. La contemplé unos instantes inmóvil, admirándola. Mis ideas se embarullaron.

—¿A qué has venido?

Sonrió.

—¿No te gusta verme? —murmuró.

—Eso es otro asunto. ¿Dónde está Benny?

—Por ahí. Buscando un comprador para el cinto. Va a meterse en un buen lío.

—¿Por qué?

—La *nieve* es un mal asunto. ¿De dónde la sacó?

—No lo sé.

—Sea de donde sea —afirmó—, se la ha buscado. Los que trafican con semejantes cantidades son tipos organizados y poderosos. Benny es un desgraciado.

—A mí no me lo parece.

—Porque tú eres tonto. No sabes nada de nada. Realmente, Jack, ¿de dónde has salido?

No respondí hasta que estuve junto a ella. Entonces dije suavemente:

—Benny te aconsejó no hacer preguntas, ¿recuerdas?

—¡Oh, al diablo Benny!

Vio el paquete de cigarrillos que yo había comprado en el tugurio donde había comido. Sacó un cigarrillo, lo encendió y me miró fijo a la cara. Su voz se hizo, susurrante cuando dijo:

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Jack.

—Y un cuerno. Y no me digas que no debo hacer preguntas, me gusta preguntar. Tú no eres un bruto como Benny.

—Si no te gusta Ben, ¿por qué sigues con él?

—Porque en el barrio es quien manda. Las otras chicas me envidian. Benny ha sabido imponerse sobre los demás.

—Hasta que acaben todos en la cárcel.

—Oh, eso...

—¿No te importa?

Se encogió de hombros. Cambió de expresión cuando refunfuñó:

—Si vieras mi casa; si conocieras a mí padre, verías que la cárcel no tiene tanta importancia.

—Ya veo...

—Lo dudo, pero dejemos esto. Quiero que me hagas un favor, Jack.

—¿Sí?

Introdujo la mano en su escote y sacó un pequeño sobre. Con él en la

mano pidió:

—¿Quieres guardármelo, Jack? Nadie debe saber que lo tienes. Ni siquiera Benny.

—¿Qué hay en ese sobre?

—No puedo decírtelo ahora, Jack… pero es algo muy importante.

Tomé el sobre. Me pareció bastante rígido, semejante a esos sobres que se emplean para las tarjetas de visita.

—Está bien, Judith, cuenta conmigo.

Lo guardé en el bolsillo interior de la chaqueta. Ella murmuró:

—Sabía que podía confiar en ti…

Inesperadamente, se levantó, me echó los brazos al cuello y sus labios estallaron sobre los míos. Estupefacto, no atiné a moverme.

Hasta que se apartó, jadeante. Dijo con voz ronca:

—Benny no sabrá jamás besar así. Te quiero, Jack.

—Estás loca…

—¿Y qué importa?

Encendí un cigarrillo con dedos que temblaban. Ella me sorprendió nuevamente al preguntar:

—¿Tienes miedo de Benny?

—No se trata de eso.

—¿Entonces qué?

—No puedo explicártelo, Judith… ¡Oh, al diablo! —estallé, con los nervios tensos—. Si te hubiese conocido un par de años atrás…

—No me habrías mirado. Era muy desgarbada.

Rio, pero la risa brotó ronca, nerviosa.

—Está bien, chiquilla. Vete ahora. Benny puede venir de un momento a otro.

—Y dices que no le temes.

—No es miedo… Podría echarlo escaleras abajo por ti… si no hubiera nada más por en medio. Por otra parte, no olvido que me ha ayudado mucho.

Vaciló unos instantes, pero acabó por asentir con un gesto.

—Está bien, Jack. Pero volveremos a vernos. Estoy harta de Ben… Nunca he conocido a nadie como tú.

—Tonterías.

—No se te ocurra romper el sobre. ¿Prometido?

—Prometido —sonreí, acompañándola a la puerta.

Allí se detuvo. Sonrió también.

—No te llamas Jack —murmuró—. Pero el nombre no importa.

Se empinó sobre las puntas de los pies y me besó rápidamente. Luego, salió, cerré la puerta y me quedé apoyado en ella, con los nervios alterados, apurando el cigarrillo y diciéndome que estaba metiéndome en más líos, como si no tuviera ya bastante con los míos.

Saqué el sobrecito y lo miré al trasluz. Era imposible distinguir el contenido. Parecía una tarjeta. Solté un gruñido y volví a guardarlo. ¿Qué demonios contendría?

Pasadas las diez de la noche abandoné mi escondrijo y, al mezclarme con la gente, experimenté otra vez el miedo que desde hacía tres días no se apartaba de mí. La sensación del perseguido, temiendo que de un momento a otro una pesada mano cayera sobre mí. Me encerrarían… el interrogatorio, donde no creerían nada de cuanto yo pudiera decirles… luego el juicio, la sentencia. Y la cámara de gas.

Sacudí la cabeza para ahuyentar esos pensamientos. ¿Por qué tenía que sucederme eso a mí? No era posible, no tenía sentido.

Tomé unos bocadillos en el mismo lugar que había comido al mediodía. Después me orienté por entre aquellas callejuelas y busqué el «Remy’s Club».

Acodado en el mostrador, paseé la mirada por la bulliciosa concurrencia. Descubrí a muchos de los componentes de la reunión de la noche anterior, pero pronto me di cuenta de que me miraban con expresión hosca y dejé de prestarles atención. A quien en realidad deseaba ver era a Judith, pero no pude encontrarla.

Agarré un taburete y me senté, dispuesto a esperar. Incomprensiblemente me sentía seguro en aquella cueva.

Media hora más tarde seguía allí, impaciente por ver a Judith, o a Benny. Cualquiera de ellos vendría en ayuda de mi tensión y aburrimiento. Empecé a comprender que los años habían pasado para mí mucho más rápidamente de lo que había supuesto nunca. No me distraía la diversión de los demás. Ni sus bailes epilépticos, ni sus gritos y risotadas…

Al diablo. No era ningún viejo todavía.

Finalmente vi aparecer a Benny al final de las escaleras. Me descubrió casi enseguida y vino hacia mí esbozando una sonrisa.

—¿Cómo te va el nuevo domicilio? —gruñó, encaramándose a un taburete, junto a mí.

—Bien. ¿Dónde has estado metido?

—Dando vueltas… ¿Y tú?

—Solo he salido para comer y comprar un periódico.

Pidió de beber, y no volvió a hablar hasta que hubo vaciado el vaso. Entonces dijo:

—¿Sabes, Jack? Creo que estoy metido en un lío.

—¿Por qué?

—El condenado cinto…

—¿Has visto a ese tipo… Carney? Porque no creo que se diera cuenta de quién le atacó.

—Sí sabe quién fue. Tuvo tiempo de verme antes de caer.

—¿Y bien?

—He sabido que trabaja para Bucky.

Callé. Ya había pronunciado ese nombre la otra noche, y a juzgar por la manera de hacerlo le inspiraba pánico.

Bebí el resto del mal *whisky* y solté:

—Puedes devolverle el cinto.

Pegó un respingo.

—No. Sería el fin de todo. Los muchachos se reirían de mí.

—Pues no sé qué decirte, Ben... No conozco lo suficiente este ambiente. ¿Qué crees que hará el tal Bucky?

—Cualquier cosa. Tengo la impresión de que ya me andan buscando.

—¿Dónde tienes el cinto?

—Escondido. No podrán encontrarlo, no te preocupes.

—¿Sabes si la policía le tiene fichado?

—¿A quién?

—A Bucky.

—Seguro. Ha estado dos veces en la «casa grande», las dos por traficar con la droga.

—Comprendo.

Le di vueltas a esto. Benny añadió:

—Tiene una banda de pistoleros, algunos venidos del Norte...

—Mal asunto. ¿Quién demonios te mandaba a ti meterte con esa gente?

—No sabía que Carney trabajaba para él. ¡Oh, condenación! ¿Por qué habré sido tan idiota?

—Tómalo con calma, Ben. Tienes que pensar algo para esquivar lo que te viene encima.

—Llevo toda la tarde pensando, pero no encuentro ninguna salida.

Francamente, yo tampoco la veía. Si Bucky era la mitad de peligroso que el muchacho daba a entender, no era descabellado pensar que estaría tras las huellas de Benny con toda su jauría de perros rabiosos. Con dos condenas por tráfico de drogas, sabía perfectamente que si le pescaban, o si Benny le delataba, le caerían un músico de quince años, suponiendo que no le cargasen algunos por reincidencia.

—¿Has visto a Judith? —preguntó Benny inesperadamente.

Vacilé un segundo.

—No —dije.

—No he podido encontrarla en todo el día... esa rata...

—¿Por qué la tratas así? A las mujeres hay que complacerlas de vez en cuando.

—Idioteces. Las de su clase necesitan una mano dura.

Estuve a punto de decirle lo que estaba pensando. No lo hice. El muchacho podía ser todo lo que yo imaginaba, pero no podía olvidar que me había ayudado, así es que callé y seguí fumando en silencio.

De nuevo habló él:

—Casi no deseo ya el dinero…

—¿Qué dinero?

—El de la *nieve.* Me gustaría zafarme de este asunto. Pero me revienta darme por vencido ante ese condenado.

Supuse que se refería a Bucky.

—¿Y la cámara? —pregunté.

—Vendida. El hermano de Judith me la ha entregado. He sacado casi un centenar de pavos.

—Menos mal…

De pronto, con una de sus sorprendentes reacciones, saltó del taburete, anunciando:

—Que se vaya al infierno. Voy a divertirme un poco. Espéreme aquí. Se mezcló entre la concurrencia. Pronto lo descubrí en medio de la pista, bailando con una muchacha muy joven que le miraba con ojos de miel.

Quedé allí, solo, durante mucho tiempo. Pedí otro *whisky* y esperé, sin saber bien qué aguardaba en realidad. Tal vez no me atrevía a confesarme la verdad. Esperaba a Judith. El calor de su beso alentaba todavía en mis labios.

De vez en cuando, Benny se acercaba al mostrador, pedía un *whisky*, lo bebía, cambiaba algunas palabras conmigo y regresaba a bailar. Tenía las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes. No había en él ningún vestigio de su miedo.

Hasta que, alrededor de las doce de la noche, entró un muchacho con tantas prisas como si se hubiese pegado fuego en alguna parte. Se lanzó entre los bailarines, apartándolos brutalmente, hasta que consiguió agarrar a Benny por el brazo y lo arrastró con él hacia un rincón. Hablaron en voz baja unos instantes. Vi palidecer a Ben hasta lo indecible. Sus labios temblaron. ¿Qué demonios estaba sucediendo?

La conferencia duró unos cinco minutos. Todo el mundo estaba pendiente de ellos dos. Al fin, Benny hizo un esfuerzo y logró aparentar calma. Despidió al otro y le acompañó hasta la salida. Entonces vino hacia mí.

—Ya han empezado —murmuró, casi sin voz.

—¿Qué han empezado?

No me contestó de momento. Aspiró el humo de su cigarrillo, arrojó la punta al suelo y la pisoteó furiosamente.

Entonces murmuró:

—Han encontrado a Perry. Alguien le había golpeado hasta matarlo.

Estuve a punto de caerme del taburete.

—¿Quién es Perry? —balbucí.

—Uno de los muchachos… El que trajo la cámara anoche.

—¿Crees que ha sido Bucky?

—¡Claro que ha sido él!

—¿Pero por qué Perry? Quien tiene el cinto eres tú.

—Ha sido un aviso. Todo el mundo sabe que Perry era uno de mis mejores amigos. Nos conocíamos desde la escuela. Siempre hemos andado juntos…

Noté que estaba temblando a pesar de todos sus esfuerzos. Pero en aquellos instantes comprendí que no temblaba de miedo, sino de rabia por lo sucedido a su amigo.

Dije:

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé… ¡No lo sé, maldita sea! Ojalá lo supiera. Bucky está rodeado de pistoleros. Asesinos reclutados en todas partes. Son todos curtidos… No puedo soñar en luchar con ellos. Ninguno de los muchachos me seguiría. Todos saben quién es Bucky.

No podía creerlo. Asesinar a un muchacho solo como advertencia… Una salvajada. Aunque mi experiencia en ese mundo en que había caído era nula. Recordé fugazmente lo que había leído en distintas ocasiones sobre los *gangsters* y empecé a cambiar de opinión. Habían cometido crímenes mucho peores por todo el país impunemente. Prácticamente, lo habían sembrado de cadáveres en sus luchas por el poder, amparados la mayoría de las veces por políticos sin escrúpulos, potentados que engordaban a sus expensas… Sí, era perfectamente lógico que uno de semejantes asesinos hubiera matado a Perry, un simple muchacho de dieciséis años.

Después de todo, seguí pensando, todos esos chicos estaban realizando el aprendizaje para llegar a ser como esos criminales.

Con voz ronca, Benny gruñó:

—Tengo que hacer algo.

Se me ocurrió una idea, aunque antes de exponerla le di vueltas en mi cerebro. Inexplicablemente, me había olvidado de mi situación.

Unos minutos después pregunté:

—¿Sabes dónde se reúne el tal Bucky?

—Claro; en su salón de billares. Allí tiene su cuartel general.

—O sea que todos sus hombres están allí.

—Por lo menos la mayoría.

—Tengo una idea, Benny. Si sale bien acabarás con él y toda su cuadrilla.

—No digas tonterías. ¿Con qué voy a terminar con él, a pedradas? Y esa zorra sin aparecer. Se habrá asustado también…

—¿Judith?

—Olvídala ahora. ¿Quieres oír mi idea o no?

—No puedes hacer milagros, Jack. Bucky es demasiado fuerte.

—Escucha… ¿Qué pasaría si la policía encontrase el cinto en su poder?

Sorprendido, me miró como si me viera por primera vez.

—¿Estás loco? El cinto lo tengo yo.

—Naturalmente. Pero alguien podría colocarlo en el tugurio de Bucky y avisar a los federales. Les echarían el guante a todos. Si ya ha sido condenado por tráfico de drogas, por lo menos le cargarían con quince años. ¿Te das cuenta?

Sus ojos brillaron, excitados, pero pronto cambió de expresión. Se deshinchó como un globo pinchado.

—No puede hacerse. Encerrarían a Bucky, pero sus pistoleros nos darían caza. Aparte de que no puedo convertirme en un soplón. Todos se apartarían de mí, Jack. ¿No te das cuenta?

—Nadie tiene que saber quién ha avisado a los federales. Para algo existe el teléfono. Y, por lo que imagino, no creo que dejasen sueltos a los componentes de la pandilla de Bucky. ¿Qué te parece? Lo único que perderíamos sería el contenido del cinto.

—¡Al diablo el cinto! Pero hay otro inconveniente. No puedo meterme en el salón de billares. Todos me conocen. Además, habría que llegar hasta la vivienda de Bucky, o su despacho, para dejar allí la *nieve*. ¿Quién diablos va a hacerlo?

—Yo.

Pegó un brinco.

—¿Serías capaz de hacer eso por mí, Jack?

—Bueno, la verdad es que me da un poco de miedo. Pero si quieres quitarte de encima semejante amenaza, no hay otra salida. Será como una compensación por los golpes que te propiné.

—Eso está olvidado. Pero escucha, muchacho… tú no eres de los nuestros. Lo ocurrido con Perry no va contigo… Yo… debería ser quien corriese con los riesgos.

—Si te conocen no puedes hacer nada. En cambio, a mí nadie me ha visto jamás. Lo único que necesito es saber dónde está el despacho de Bucky o su vivienda.

—Vive encima del local… y el despacho está también arriba, en el piso. Puedo dibujarte un plano de todo.

—Muy bien. Manos a la obra.

Durante un instante sus ojos no se apartaron de mi cara. Murmuró:

—Nunca había encontrado un hombre como tú, Jack…

—No digas tonterías.

—De veras. No eres de los nuestros, pero eres mucho mejor.

Salté del taburete, violento y llamándome idiota una y otra vez. Yo, un arquitecto de renombre, metido entre *gangsters,* pistoleros y delincuentes juveniles. Aunque, después de todo, estaba también perseguido por asesinato, así que tanto daba un poco más de lodo.

Benny habló con algunos de sus muchachos, dándoles instrucciones. Luego volvió junto a mí y salimos del club.

Ya en la calle advirtió:

—A partir de ahora será mejor que no nos vean juntos, Jack. La policía descubrirá que Perry se reunía con nosotros y que era amigo mío. Nos interrogarán. No quiero que te encuentren a ti metido en esto.

—*Okey*. ¿Dónde tienes el cinto?

—En casa. Te lo entregaré y te dibujaré un plano de la casa de Bucky.

—Yo me encargaré también de llamar al F.B.I.

—Gracias, Jack… Tuve mucha suerte al tropezar contigo.

—Olvídalo. Tú tampoco me dejaste en la estacada. Inesperadamente, sacó la mano del bolsillo y murmuró:

—Toma, quizá te hagan falta. Ya encontraré más.

Era un puñado de billetes. Los rechazó, pero él añadió:

—Son de la venta de la cámara. Ya me las arreglaré, y tú es posible que tengas que seguir huyendo. No puedes hacerlo sin «pasta».

Me embolsé el dinero. Era una manera de cobrar por adelantado lo que me proponía hacer. Ben indagó:

—¿Cuánto tiempo crees que tardarás?

—No puedo saberlo. Como tampoco puedo saber si conseguiré colocar el cinto, Ben. Es posible que las cosas no salgan como esperamos.

—Bueno…

No entré en su casa. Di un par de vueltas por los alrededores hasta que le vi aparecer con un paquete envuelto en periódicos.

Era el cinto. También me entregó un papel, explicando al mismo tiempo:

—Ahí tienes dibujado el local de Bucky… No tiene duda.

Lo tomé todo. El cinto tenía que colocármelo en la cintura, a pesar de que maldita la gracia que me hacía cargar con él.

—Voy a la habitación ahora —dije—. Si mañana por la mañana no hay peligro puedes venir y te diré cómo ha ido el asunto.

—Si sale bien me enteraré mucho antes.

Nos estrechamos las manos. En aquellos instantes no me sentía de humor precisamente.

Benny murmuró como despedida:

—Nunca olvidaré eso, Jack.

—Al diablo.

Nos separamos. El paquete apretado bajo mi brazo parecía pesar una tonelada. Sensaciones del miedo… ¿Dónde estaría Judith?

CAPÍTULO IV

Todo había salido bien. Colocar la droga, después de media hora de andar de un lado a otro por todo el salón de billares con la intención de que mi presencia dejara de ser una novedad. Luego, la localización de la oficina gracias al plano dibujado por Benny…

Después, la salida sin apresurarme, con calma, y la llamada telefónica a la Oficina Federal… haciéndome pasar por uno de los hombres de Bucky, furioso por haberme maltratado.

Y, al fin, esperar. Metido en el quicio de un portal, no lejos de la entrada a los billares, envuelto en las sombras y sin poder fumar, llevaba ya un tiempo que se me hacía interminable. ¿Es que no iban a venir? ¿No habrían creído la denuncia? Si después de los riesgos corridos no se presentaban…

De pronto empezaron a llegar. Silenciosos, los coches apagaron los motores antes de detenerse. Y, también antes de detenerse, comenzaron a saltar hombres a la calle por los dos lados de los vehículos. Todos vestían de paisano.

Los vi entrar rápidamente en el local, mientras dos se colocaban delante de la puerta empuñando ligeros rifles ametralladores. Otros se escurrieron a lo largo de las paredes para rodear el edificio y vigilar las ventanas. Todo ello con un silencio tenso y eficaz. Las luces de los coches se habían apagado al mismo tiempo que los motores.

Me dije que mi comportamiento con Benny le pagaba con creces el favor que él me había hecho a mí. Ahora debía preocuparme del embrollo en que yo andaba metido.

Esperé todavía un poco más con la esperanza de ver cómo terminaba la redada. Cuando empezaron a aparecer hombres en la puerta había transcurrido tiempo suficiente para que hubieran registrado todo el local.

Los que salían se alejaban rápidamente. Ninguno de ellos parecía sentir curiosidad por saber cómo terminaba todo aquello. Tenían prisa.

Después llegó una furgoneta, que fue a detenerse justo ante la puerta y dos hombres más saltaron de ella. Uno de los recién llegados abrió las puertas traseras del vehículo.

Los agentes que habían rodeado el edificio fueron apareciendo. Del interior también salieron algunos, que se reunieron a un lado de la puerta y permanecieron allí hablando entre ellos. Los escasos curiosos que habían acudido eran mantenidos lejos de la entrada.

Entonces hicieron su salida los detenidos. Fuertemente custodiados los guiaron hacia la furgoneta, donde entraron uno tras otro. Conté ocho

prisioneros, y supuse que alguno de ellos era Bucky en persona.

Bueno, ya no tenía nada que hacer allí, de manera que me alejé andando con paso vivo. Todavía quedaba una cosa por terminar. Busqué un callejón oscuro, donde se alineaban los cubos de la basura, solté la hebilla del cinto y lo arrojé a uno de los cubos. Lo que había colocado en la oficina del *gangster* eran las bolsas conteniendo la droga, no el cinto que podía dar una clara pista a Bucky, ya que forzosamente debía saber quién se había apoderado de él.

Ya sin prisas me encaminé a mí refugio. Llegué a la entrada de la cochambrosa escalera posterior y cuando me disponía a entrar sonó la voz.

—Jack...

Quedé inmóvil de sorpresa. Allí estaba Judith, acurrucada en el portal.

—¿Qué haces aquí, chiquilla? —murmuré, sujetándola por los brazos y acercándola a mí.

—¿Dónde has estado? Llevo un siglo aquí metida.

—No te he visto en el «Remy's» Benny te andaba buscando también.

—Al diablo con él. Es a ti a quién quería ver, Jack...

Se apretó contra mi pecho. Estaba temblando. Eso me inquietó por cuanto la noche era calurosa.

—¿Qué te pasa, Judith? ¿Estás asustada?

—Sí...

—Está bien, tranquilízate y cuéntame tus apuros. ¿Qué es lo que temes?

—¿Sabes lo de Perry?

—Sí.

—Así también Benny estará enterado...

—Naturalmente. Él me lo ha dicho a mí. ¿Es por eso que estás asustada?

—Sí, Jack...

—¿Temes por ti?

—Claro.

—Entonces no tienes nada que temer. Vamos arriba y te contaré algo, pequeña.

La llevé a la habitación. Tan pronto cerré la puerta, y antes de encender la luz, la abracé apretándola contra mí, experimentando una extraña ternura. No recordaba haber sentido jamás nada semejante.

Sus labios vinieron en busca de los míos. No podía analizar entonces mis sentimientos, ni lo deseaba tampoco, pero en aquellos besos entregaba mucho más que el simple deseo de gozar. Eran algo muy distinto.

Judith ya no temblaba. Entre mis brazos parecía sentirse segura, protegida... Y su beso era sincero e intenso. Daba con él cuanto tenía.

Instantes después la aparté suavemente y encendí la luz. Sus grandes ojos brillaban, hermosos y húmedos.

—Ven, no tienes nada que temer —dije, llevándola hasta el borde del

lecho, donde se sentó.

Encendí un cigarrillo y di unos pasos de un lado a otro. Ella murmuró:

—¿Es cierto que huyes de la policía, Jack?

—Sí.

—¿Piensas irte de aquí?

—Tengo que marcharme, Judith... Tarde o temprano darían conmigo. Pero antes tengo que idear algo para salir del apuro en que estoy metido. Es algo estúpido. Me he portado como un imbécil.

—No digas eso, Jack... Me gustaría saber quién eres verdaderamente. Tú no eres como los demás hombres que conozco...

—Olvídate de eso. Y olvídate también de tu miedo. Los canallas que han matado a Perry ya no volverán a molestar a nadie. Benny está seguro y tú tampoco corres ningún peligro.

Le conté a grandes rasgos lo que había hecho para desbaratar la amenaza que pesaba sobre su grupo. Le dije que había esperado hasta ver cómo se llevaban detenidos a todos los componentes de la pandilla de Bucky... y pude ver el impacto que estas noticias causaban en ella.

Al terminar, casi no encontró la voz suficiente para susurrar:

—¿Por qué lo has hecho? Sabes que te jugabas la vida...

—Benny me había sacado a mí de un apuro. Tenía que pagarle de alguna manera.

—Él no habría hecho otro tanto por ti. Ninguno de ellos... son una pandilla de egoístas... y cobardes. Solo gallean cuando van en grupo.

—No digas tonterías. Yo vi luchar a Benny. Sabe cómo hacerlo. Y ahora, deja de preocuparte, ¿quieres?

Guardó unos momentos de silencio, hasta que preguntó en voz baja:

—¿Crees que ha sido Bucky quien ha matado al pobre Perry?

—Claro. Ha querido asustar a Benny para obligarle a devolver el cinto; una especie de advertencia. Tú misma has dicho que tenías miedo, y lo comprendo perfectamente. Bucky tiene que estar enterado de que eres también amiga de Ben... Podía haber intentado una venganza y...

Estaba sacudiendo la cabeza de un lado a otro, negando. Cuando callé murmuró.

—No ha sido Bucky.

—¿Qué?

—Bucky no ha tenido nada que ver con Perry...

—¿Cómo lo sabes?

En lugar de responderme preguntó:

—¿Tienes ahí el sobre?

—Sí...

—Dámelo.

Se lo entregué. Ella lo rasgó por un lado, sacó una cartulina y me la alargó.

—Echa un vistazo a esto, Jack…

Lo tomé. Era una pequeña fotografía. Cuando me fijé en los detalles di un respingo y creí que iba a caerme de espaldas. Parpadeé sin dar crédito a lo que estaba viendo.

Levanté la mirada y la clavé en la muchacha. Estaba con los ojos fijos en mí, anhelante.

—¿De dónde has sacado esta foto? —quise saber. Me sorprendió mi voz, pues era temblorosa y débil.

—Estaba en la cámara que trajo Perry. Yo misma la revelé. No había ninguna más.

—¿Lo sabe Ben?

—No. Le dije que no había ni siquiera carrete en la cámara.

Volví a examinar la fotografía. Era para provocar una tempestad.

Sobre un diván, caída de espaldas, aparecía una mujer cuyo rostro estaba desencajado por el terror, mientras un hombre se inclinaba sobre ella, rodeándole el cuello con sus manos. ¡La estaba estrangulando!

Y, a pesar del rostro desencajado, podía reconocer perfectamente a la mujer. Su fotografía había sido publicada por el periódico de la mañana.

Ada Palmer, la actriz asesinada.

Y en mis manos tenía una fotografía del instante mismo en que el criminal le apretaba la garganta. El hombre era perfectamente visible.

—¿Por qué diablos has querido guardar esto? —pregunté abruptamente.

No respondió. Seguí examinando la foto. Estaba tomada en un apartamento sencillo, aunque a juzgar por los muebles era cómodo y cuidado. No podía ser la casa de Ada Palmer. Esa clase de mujeres habitan lugares mucho más lujosos. El tipo que había disparado la cámara debía haberlo hecho desde una ventana, tal vez con luz infrarroja… Aunque era posible que, gracias a la perfección de la cámara hubiera obtenido la fotografía solamente con la luz natural.

—¿Dónde está el *clixé*? —quise saber entonces.

—En el sobre…

Lo miré. Efectivamente; allí estaba, más pequeño que la fotografía. Lo miré al trasluz. Después pregunté nuevamente:

—¿Por qué has querido guardarla?

Tampoco dijo una palabra. Sorprendido, me acerqué a ella.

—Vamos —insistí—. ¿Cuál es tu idea?

—Yo… pensaba buscar a ese hombre…

—¿Al asesino?

—Sí.

—¿Para qué? —pero de pronto lo vi tan claro como la luz—. ¡Chantaje!

Asintió con un gesto.

Quedé helado, estupefacto ante tamaña monstruosidad. ¿Qué clase de

locos eran toda aquella pandilla?

—¿Sabes lo que estás diciendo? —grité, perdido el control.

—Por favor, Jack, no grites… Era una buena oportunidad…

—Una buena oportunidad de irse al infierno. ¿Es posible que creas realmente que ese hombre iba a pagarte?

—¿Y por qué no?

—Porque si ha matado una vez matará otra, y otra y todas cuantas hagan falta para encubrir su crimen. ¡Por todos los diablos del infierno! ¿Cómo puedes ser tan estúpida, Judith?

—Jack…

—¡Jack un cuerno! ¿Es que todos estáis mal de la cabeza? Tú quieres chantajear a un asesino. Benny asalta a uno de los hombres de un cabecilla del hampa… solo para echarse a temblar cuando comprende lo que ha hecho. No lo entiendo. Es como si estuviera en un mundo distinto…

Nervioso, recorrí la habitación de un lado a otro a grandes zancadas. Terminé por dejarme caer sentado al lado de la muchacha. Seguía sosteniendo en la mano el sobre con la foto y el *clixé*. No sabía qué hacer con todo ello.

Ella murmuró:

—Empiezo a comprender que tienes razón, Jack…

—Siempre es un consuelo.

Metí la fotografía y el *clixé* en el sobre y lo guardé todo en mi bolsillo. Mis ojos se clavaron en los de Judith, húmedos y turbadores. Sentí que vacilaba… y la estreché contra mí. Empezó a llorar mansamente, con la cara hundida en mi hombro. Poco a poco, como si hablase contra su voluntad, dijo:

—Sé que es cierto lo que me has dicho… Lo sé… pero jamás he podido tener dinero suficiente. Nunca he conseguido nada de lo que ambicionaba. Quiero huir de aquí… del barrio… de mi casa… Dejarlo atrás y no acordarme nunca más de esta parte de mi vida… Pensé que si localizaba a ese hombre podría…

—No pienses más en eso.

—Tú no puedes comprender lo que es la vida de una muchacha metida en este ambiente desde que nace…

—No importa ahora, pequeña. Ninguna situación es bastante desesperada que valga la vida de uno. Y era tu vida la que ibas a poner en juego.

—Ahora me doy cuenta…

La aparté suavemente para poder verle la cara, por cuyas mejillas se deslizaban las lágrimas.

—Si te hubiera conocido un par de años antes, chiquilla…

—Eso ya lo dijiste ayer —me recordó con una sonrisa.

—Sí, lo sé. Pero sigo pensando lo mismo.

—Te quiero, Jack —susurró—. Nunca he sentido nada semejante. A tu lado dejo de temer… de pensar… Es como si tus brazos fueran un lugar de reposo y de paz.

—No puede haber paz a mí lado —dije con voz ronca—. Por lo menos, mientras no consiga zafarme del lio en que estoy metido.

Le tocó a ella preguntar:

—Dime, Jack… ¿Por qué te persiguen?

—Es una larga historia…

—Cuéntame.

—No quiero hablar de eso.

—¿Desconfianza?

—Tal vez…

—Jack… —susurró, con reproche.

—No quiero recordar, pequeña. Quizá pueda hablar de eso más adelante. Mañana… o pasado. Ahora tenemos que decidir qué hacemos con la fotografía.

—Lo dejo en tus manos.

—Podemos mandarla a la policía por correo. Ellos darán caza a ese hombre.

No pareció gustarle mucho la idea. A ninguno de ellos parecía gustarle la policía. Bien es verdad que en aquellos momentos tampoco me entusiasmaba a mí.

—Podríamos guardarla —sugirió—. Tal vez después nos sirva para algo…

—Solo puede traernos disgustos.

Se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras con ella, Jack.

—Un momento —dije, sobresaltado al recordar algo—. Antes has dicho que no era Bucky quien había matado a Perry, dando a entender que el motivo de su muerte era esta fotografía. ¿Por qué has pensado eso?

—Perry se apoderó de la cámara…

—Bueno, ¿y qué? El muchacho dijo que el individuo no le había podido ver.

—Podía estar equivocado. El que sacó la fotografía debió hacerlo para estrujar al asesino… La foto, para él, vale muchísimo dinero.

—No puede haber localizado a Perry tan pronto, suponiendo que tú tengas algo de razón. No, no puedo creerlo…

No respondió. Cuanto más pensaba en ello más imposible me parecía.

De pronto me di cuenta de la hora que era y me levanté de un salto.

—Debes irte, pequeña —dije—. Ben puede venir aquí para saber cómo ha terminado la redada en el salón de billares. No quiero crearte dificultades con él.

—No me importa Benny, te lo aseguro. Aunque venga…

—Escucha, Judith, y métete esto en la cabeza. Estoy envuelto en algo muy grave. Benny sabe que me persiguen y si empieza a sentir celos puede delatarme y entonces yo estaría acabado. Necesito tiempo… para los dos.

—Jack…

—Para ti y para mí —dije, obligándola a levantarse.

Quedó frente a mí, mirándome con sus brillantes ojos. Su voz apenas se oyó.

—¿No piensas marcharte de aquí?

—Sí. Pero tú vendrás conmigo si consigo solucionar mi problema.

Tuve que frenar sus impulsos, pero así y todo permanecimos algunos minutos abrazados, mientras el beso se hacía eterno y yo sentía en mis labios el sabor de sus lágrimas.

Cuando se calmó, dijo sencillamente:

—Iré donde tú me lleves, Jack.

De momento la llevé a la puerta. Antes de salir le recomendé:

—Mantente apartada de todo lo que ocurra de ahora en adelante. No quiero que corras ningún riesgo.

—¿Qué pasará con Ben?

—No lo sé, pero sea lo que sea debes esquivarlo también. Si hay algo de cierto en tus sospechas el peligro le rondará igual que a Perry.

—¿Lo crees realmente?

—Sí. Naturalmente, eso dando por cierto que a Perry le ha matado el tipo de la cámara. Le habrá obligado a confesar a quién la había entregado… Aunque, te repito que no me parece posible que las cosas hayan sucedido así.

Le di un rápido beso y la dejé en el pasillo. Cerré la puerta, saqué el sobre y permanecí unos minutos estudiando los rasgos del criminal. Quería grabar aquella cara en mi mente para estar seguro de reconocerlo en cualquier momento sin ayuda de la fotografía.

Después la devolví al sobre. Necesitaba un escondrijo para él. Finalmente decidí que el armario me ofrecía un lugar seguro. Lo abrí. El interior no tenía nada de particular, pero la parte inferior de las puertas no ajustaba bien. Allí era donde debía fijarse el sobre.

Solucionado este punto, y sin poder alejar de mí el recuerdo de Judith, me acosté completamente agotado, no tanto por los esfuerzos, como por la tensión nerviosa soportada durante la noche.

Antes de dormirme, pensé que había sacado a Benny de un apuro, me había dejado envolver en otro lío por una muchacha, y sin embargo, no había hecho absolutamente nada por mí propio atolladero. Decidí que a partir de la mañana siguiente me movería solo para mí.

Eso, como tantas otras cosas, no pasó de proyecto.

CAPÍTULO V

Pasé el día entre la habitación, el tugurio donde comía y las calles de los alrededores. Dediqué la mayor parte del tiempo a idear una salida para mí. Con mucha suerte podía intentar pasar a México, pero ya no confiaba en la suerte.

También podía regresar a Santa Bárbara y entregarme con la esperanza de que la policía diera crédito a mí historia. Eché esta idea por la borda también. Si hay alguien que sea incrédulo por sistema, es la policía, y lo que yo podía decirles sonaba más a fábula que a otra cosa. Me habían pillado al lado del cadáver, inclinado sobre él…

Casi como el tipo de la fotografía. Casi nada más. Pero ellos no serían capaces de distinguir esa diferencia.

Desesperado, compré el periódico de la tarde y me encerré de nuevo en la habitación. La noticia de la captura de Bucky y su pandilla ocupaba un extenso espacio. La información no había llegado a tiempo para campear en los periódicos de la mañana, pero los de la noche le concedían suficiente importancia para figurar en primera página.

Tuve una sorpresa al leerla. Por lo visto, Bucky tenía su propia reserva de droga, ya que habían encontrado dos lotes. Uno relativamente modesto, según decían, y que yo supuse sería el colocado por mí, y otro consistente en casi tres libras de heroína refinada valorada en una verdadera fortuna.

Todo eso estaba muy bien; Bucky encerrado durante un montón de años y Benny a salvo. Pero, ¿y yo qué? ¿Quién solucionaba mi papeleta?

Arrojé el periódico a un lado. Otra vez la idea de acabar con todo asaltó mi mente. Regresar a Santa Bárbara, entregarme…

Medí la habitación de un lado a otro mil veces, pensando y pensando, furioso conmigo mismo. La sensación del acoso, de sentirme perseguido, de temer continuamente ser descubierto… Había llegado al extremo de que miraba a la gente que pasaba por mí lado con el miedo reflejado en mi semblante. Comprendía que mi mirada debía llamar la atención, y, sabiéndolo, no podía contenerme. En cada peatón veía un policía. Cada voz un poco más alta que las demás sonaba en mis oídos como una orden de detenerme.

Acabé volviendo a la calle. Por lo menos, de noche, podía andar con un poco más de serenidad. Por otra parte, quería ver a Benny.

Pero no estaba en el «Remy's». Tomé un *whisky* y esperé cosa de media hora para darle tiempo a llegar. No llegó.

Me sentía incómodo allí, sin Benny y sin la muchacha. Las miradas que

me dirigían la pandilla de mozalbetes acabaron por ponerme nervioso, de manera que pagué el *whisky* y abandoné el oscuro local.

En la acera respiré el aire de la noche, cargado de la humedad del mar. Encendí un cigarrillo y eché a andar despacio, inquieto por la inutilidad de todas mis ideas para escapar.

Llevaba un minuto andando cuando descubrí el tumulto. Contemplé la entrada del negro callejón, de donde procedían los gruñidos y el rumor de golpes y maldiciones apagadas. Por lo menos eran tres o cuatro tipos zurrándose con todas sus ganas.

Ni por un instante pensé en intervenir. Solo me detuve para escuchar, viendo el montón de cuerpos confundidos en la sombra que giraban y se revolcaban de un lado a otro. Buena pelea.

Me disponía a alejarme de allí cuando sonó el grito. Una voz asustada, casi ahogada por el miedo, que gritó:

—¡Jack…!

Pegué un brinco. Era la voz de Benny.

Me lancé hacia el grupo como un ariete. Encontré un cuerpo que se interponía en mi camino y le solté una patada con todo el impulso de la carrera. El hombre aulló agónicamente y rebotó contra la pared. Otro tipo se apartó del montón y trató de detenerme. Un poco inclinado hacia adelante, esperó mi acometida blandiendo algo metálico en su mano, algo que despedía opacos destellos.

Un cuchillo.

Redoblé la marcha y a un par de pasos de él salté en el aire. Mis pies aplastaron su cara, tirándolo de espaldas. Yo también rodé por el suelo, pero me levanté mucho antes que él, que gemía acurrucado y hecho un ovillo.

No me han gustado nunca las luchas callejeras, tal vez debido a mí natural pacífico. Pero de unos días a esta parte estaba cambiando de costumbres igual que una serpiente cambia de piel, tal vez debido al ambiente. Por otra parte, la vista del cuchillo había obrado en mí como una droga. Una furia ciega me dominó, de otra manera jamás hubiera obrado como lo hice.

El tipo del suelo logró colocarse a gatas, apoyando las manos en el suelo. En la derecha seguía sosteniendo el arma. Me planté ante él y levanté el pie, que le golpeó salvajemente en plena cara.

Sus gemidos cesaron de alborotar. Cayó rodando y ya no se movió.

Busqué el grupo que todavía luchaba. Eran tres hombres enzarzados en una desesperada batalla. Calculé que dos de ellos eran enemigos, ya que Benny debía estar solo, así es que me limité a sujetar a uno de ellos por el cuello de la chaqueta y tirar de él. Cuando se apartó del grupo le golpeé en un ojo. Mi puño produjo un ruido escalofriante. Pegó de cabeza contra la pared, aturdido. Caí sobre él, martilleándole con los dos puños.

Le castigué de tal manera que al final no era más que un muñeco sin fuerzas, encajando golpe tras golpe, rebotando contra la pared y cayendo de nuevo bajo mis puños. La voz de Benny, muy cerca, bramó:

—¡Bravo, Jack...! ¡Ya son nuestros!

No le respondí. Uno a uno era una buena proporción y el muchacho sabía cómo luchar.

Pero había cantado victoria demasiado pronto, o tal vez yo estaba demasiado enloquecido. Había olvidado por completo al primer granuja a quién había derribado de un puntapié. Imagino que fue él quien intervino decisivamente en el combate.

Lo imagino solamente, ya que jamás he logrado saberlo.

El caso es que de pronto el callejón pareció desplomarse sobre mi cabeza y toda la negrura que nos envolvía entró dentro de mí. Hubo un relámpago en mi cerebro, pero se apagó al instante. Después todo acabó. Ni siquiera noté el golpe contra el suelo.

Resucité mucho tiempo después. Me mejilla descansaba sobre la porquería que cubría el callejón. Sentía un dolor agudo en la cabeza, como si un peso descomunal la estuviera aplastando. Un regusto amargo llenaba mi boca.

No intenté moverme. Esperé, intentando recordar. Cuando lo conseguí no fue ningún consuelo. Había sido un estúpido.

Tras no pocos esfuerzos conseguí sentarme en el suelo. En la cercana calle, tenuemente iluminada, pasaba gente que andaba apresurada, cruzando ante la entrada y desapareciendo al instante. Nadie me había descubierto tirado allí.

Un puñal al rojo parecía taladrarme el cráneo. Poco a poco, ese dolor fue extendiéndose a otras partes del cuerpo, con lo que la situación empeoró.

Maldije con voz sorda. A gatas me acerqué a la pared, para apoyarme en ella y tratar de levantarme. Entonces tropecé con él.

El cuerpo tendido estaba inmóvil. Una corriente de hielo se unió al dolor que sentía, Tanteé con la mano, reconociendo al fulano, hasta que conseguí apoyar la palma de mi mano en su pecho. Me costó hallar el corazón, pero al fin respiré con alivio. El hombre vivía.

Conseguí apoyar la espalda en la pared. Pasó el tiempo, mientras mis pulmones iban adquiriendo el ritmo normal a medida que el descanso obraba como un sedante.

No podía apartar la mirada del bulto que yacía al alcance de mi mano, oscuro e inmóvil. Una especie de fascinación atraía mis ojos hacia él, mientras mi cerebro ordenaba a los músculos que se movieran lo suficiente para inclinarme sobre el hombre y reconocerle. Podía tratarse de Benny...

Descubrí que apenas si sentía interés por saber si era él realmente. En aquellos instantes creo que incluso le odiaba por haber sido la causa de

todo el embrollo. Yo me había comprometido en una pelea, sin detenerme a pensar que si alguien nos descubría yo estaba perdido. La policía me identificaría al instante y me trasladarían a Santa Bárbara sin perder un minuto. Y allí…

Al diablo. Tenía que alejarme del maldito callejón.

Arrastrándome, llegué junto al caído. Acerqué mi cara a la suya hasta casi rozarle y entonces vi que no se trataba de Benny, sino del fulano que había esgrimido el cuchillo. A Benny debían habérselo llevado. Lo que no comprendía era que nos hubieran abandonado a mí y al desvanecido compinche. Por lo menos, era lógico suponer que a su cómplice debían ayudarle.

Empecé a comprenderlo cuando pensé un poco. Si tenían que llevarse a Benny debían hacerlo de manera que la gente no se metiera con ellos, así que lo más sencillo era atontarlo con un golpe y simular que transportaban un borracho. No podían llevar a más de un desvanecido so pena de que alguien sintiera curiosidad y les creara dificultades. Cuando dejasen a Benny en lugar seguro regresarían a por el otro; o a por los dos, incluyéndome a mí.

Al llegar a esta conclusión decidí alejarme lo más rápidamente posible. Pero antes registré los bolsillos del durmiente, vaciándolos de cuanto encontré en ellos. Siempre me serviría para identificarlo después y descubrir el lugar a dónde habían llevado a Benny.

Tambaleándome como un beodo, valiéndome de la ayuda del muro, fui aumentando la distancia que me separaba del cuerpo, pero andando en dirección contraria a la calle iluminada más cercana. El otro extremo del callejón aparecía envuelto en sombras, y la calle que lo cruzaba no estaba tampoco mejor iluminada.

Antes de llegar a ella escuché el ruido. Pegado a la pared esperé, forzando la mirada hacia el lugar que acababa de abandonar. Vi el movimiento y las siluetas de dos hombres recortarse sobre la tenue iluminación del fondo, inclinarse después, y erguirse sosteniendo el cuerpo de su compañero. Me había alejado en el momento justo.

Esperé a que se hubieran perdido de vista antes de reanudar mi vacilante marcha. Pero entonces lo hice lo más rápido que pude, ya que no estaba muy seguro de si aquellos granujas volverían en un intento de dar conmigo.

Cuando llegué a la escalera de mi refugio respiré con alivio, apoyándome en la pared para recobrar el aliento. Todo el cuerpo se había convertido en un solo dolor, y los alborotados nervios tiraban cada uno por su lado como si quisieran descuartizarme. Nunca me había sentido tan mal.

Llegar arriba representó un esfuerzo heroico, pero al fin conseguí fuerzas suficientes para cerrar la puerta.

Unos minutos después mi respiración se calmó, recobrando casi su ritmo normal. Poco a poco la serenidad volvió a mí y pude pensar con calma. Apenas podía creer que yo hubiera tomado parte en semejante pelea. Y al recordar la manera como había peleado me estremecí. ¿Era posible que hubiese cambiado tanto?

Estaba tan abstraído con todos estos pensamientos que no oí sus pasos hasta que se detuvo a mí lado.

—Jack… —susurró.

Pegué un respingo que avivó todos mis dolores.

—¡Judith!

—¿Por qué estaba abierta tu puerta? —preguntó.

—No sé… he olvidado cerrarla.

—¿Qué te sucede, Jack?

Por mí voz había adivinado que algo no marchaba bien, ya que no podía verme la cara a causa de la oscuridad.

—Cierra la puerta, querida, y enciende la luz…

Lo hizo. Cuando se volvió hacia mí su rostro reflejó espanto.

—¡Jack! —exclamó. ¿Qué te han hecho?

—Con Calma, pequeña… He tomado parte en una pelea…

—¿Con quién?

—No lo sé. Ha sido en un condenado callejón oscuro como boca de lobo.

—Pero, ¿por qué?

Tuve que contarle todo el episodio. La vi cómo palidecía al enterarse de la desaparición de Benny.

Después murmuró:

—Y esta vez no ha podido ser Bucky…

—No. Él y sus hombres están encerrados.

—¿Te convences de que yo estaba en lo cierto? Van detrás de esa foto… ¡Oh, Jack! ¿Qué vamos a hacer?

—Maldito si lo sé. Me duele demasiado la cabeza para pensar…

Me acarició la cara, donde en algunos puntos de la piel estaba tan dolorida que parecía tener el rostro en carne viva. Sus dedos, suaves como terciopelo, aliviaron el dolor.

—Voy a lavarte un poco esos rasguños, querido —anunció—. También en la cabeza tienes un buen golpe…

—¿Y me lo dices a mí?

Con la toalla húmeda procedió a limpiarme las heridas. Afortunadamente ninguna revestía importancia, aparte ser muy dolorosas en conjunto.

Mientras se movía a mí alrededor, preguntó:

—¿Has podido verles las caras?

—No. Ya te he dicho que estaba muy oscuro.

—Podían haberte matado…

—Sí, supongo que pudieron haberlo hecho, sobre todo el tipo del cuchillo. Creo que ha sido la vista del arma lo que me ha enloquecido…

—Pobre Benny. ¿Tú crees que lo matarán?

—No lo sé. Si son los mismos hombres que mataron a ese… a Perry, no creo que se detengan por un asesinato más o menos.

—¡Oh, Dios! Es terrible…

—Sin embargo, pequeña, creo que estamos equivocados. No pueden ir detrás de la fotografía. Nadie puede saber en poder de quién está… ni sospecharlo siquiera. Nadie vio a Perry quitarle la cámara al tipo que la llevaba.

—¿Y si han seguido la pista de la cámara? Benny la vendió…

—Sí, tal vez haya sido así cómo lo han sabido… Pero ha ocurrido todo demasiado rápido. Ten en cuenta que cuando mataron a Perry debía hacer muy poco tiempo que Benny se había desprendido de la cámara, y a menos que hubieran estado esperando precisamente en el lugar de la venta no veo cómo pudieron identificar tan rápidamente al que la había vendido. Lo lógico es pensar que recorrieron todos los lugares donde imaginaron que alguien podía vender objetos robados… Y en este caso hubieran necesitado mucho más tiempo. ¿No te parece?

—Sí, es posible que estés en lo cierto, pero Perry ha muerto y a Benny se lo han llevado.

—Escucha, niña; descartando Bucky, ¿quién puede tener interés en perseguir a Benny y su cuadrilla?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Tú tienes relación con ellos. Los conoces desde hace tiempo…

—No se me ocurre nadie…

—¿Hay alguna otra pandilla como la de Benny por estos alrededores?

Arrugó el entrecejo.

—En el barrio no… pero en los muelles sí hay una… aunque todos ellos son mayores que los muchachos de Ben… Su jefe se hace llamar «Bronco».

—¿Y operan en los muelles?

—Sí.

—No me parece que sean ellos quienes andan detrás de todo esto. A menos, naturalmente, que lo hagan a causa de otro asunto que desconozco.

—Pero yo estaría enterada si hubieran peleado con Benny y los suyos.

Dejó de moverse y abandonó la toalla a un lado. La tomé de la mano y la atraje hacia mí, sujetándola suavemente. Sus labios vinieron al encuentro de los míos y el beso actuó en mí como el mejor linimento. Me sentí de nuevo activo y fuerte y deseé que se prolongase horas y horas, hasta que todo estuviera olvidado y solo ella y yo contásemos en nuestras vidas.

Pero el encanto se rompió pronto; demasiado pronto, cuando ella se

apartó y me miró recto a los ojos.

—¿No podríamos hacer algo por Benny, querido?

—Sí… algo habrá que hacer.

Recordé lo que le había quitado al caído y empecé a sacarlo de los bolsillos, depositándolo sobre la cama. Un paquete de cigarrillos, un estuche de cerillas con la propaganda de un club nocturno, un manojo con tres llaves, una cartera y algunas monedas sueltas.

—¿Qué es todo esto? —inquirió la muchacha.

—Lo que llevaba en los bolsillos el tipo que quedó tumbado. Quizá si lo encontramos nos pueda conducir hasta Benny…

Busqué los documentos. Según su tarjeta de identidad se llamaba Paul Randall, tenía veinte años y vivía en Archer Street. A juzgar por la fotografía, era un tipo bastante bien parecido, aunque con unos ojos demasiado pequeños.

—¿Lo conoces? —pregunté.

—No.

Todo su capital consistía en once dólares y las monedas sueltas. Para ser miembro de una banda no parecía andar muy boyante económicamente.

—Bien, por lo menos sabemos dónde vive —comenté, guardando todo otra vez en la cartera—. Si podemos seguirle cuando salga de su casa…

Pero ella me interrumpió:

—Si tenemos que esperar puede ser demasiado tarde, Jack… Y entretanto Benny está en su poder.

—Tienes razón… Hay que hacer algo… ¡Maldita sea! —estallé, con los nervios de punta—. Aquí me tienes, preocupado por los problemas de un crío mal educado, como si no tuviera bastante con los míos…

Su mano buscó la mía y la apretó cariñosamente.

—Jack… —susurró.

—Está bien. No tenemos dónde agarrarnos, excepto esa pandilla del puerto. ¿Sabes dónde se les puede encontrar?

—Sí. ¿Vamos a ir allá?

—«Voy» a ir —puntualicé—. No quiero que corras ningún peligro. Además, a ti pueden conocerte.

Vaciló. Pero debió comprender que yo tenía toda la razón porque terminó por asentir y dijo:

—Su punto de cita es en los sótanos del «Turkus Club»…

—Ese es el anuncio del estuche de cerillas —salté, viendo la relación del caído con la pandilla que buscaba.

—Sí… Pero si han cazado a Ben no se atreverán a llevarlo allí. Sería demasiado peligroso.

—¿Entonces…?

—En el muelle —explicó—. Hay un almacén en los *docks,* medio en

ruinas. A veces se encuentran allí cuando tienen que hacer algún «trabajo» en los muelles… Tienen pagado al guardián de noche.

—Está bien, parece probable que lo hayan llevado a él allí. ¿Dónde está ese almacén?

—Al final de Venice Road. Verás que hace esquina con un callejón. Hay un gran cartel medio roto encima de la puerta que ostenta el nombre de la compañía que lo utilizaba en otros tiempos: «Murray Inc.».

—Lo encontraré. ¿Vas a quedarte aquí?

—Te esperaré, Jack… Toda la noche si es preciso.

Me levanté. Ella me imitó y se apretó contra mí, anhelante.

—Duerme mientras tanto —aconsejé—. Con uno que pierda la noche es bastante.

—Por favor, Jack… Ten cuidado.

De nuevo sus labios vinieron al encuentro de los míos mientras sus brazos se cerraban en mi nuca, aprisionándome como un cepo. Hubiera deseado no tener que romperlo, pero de unos días a esta parte estaba convirtiéndome en caballero andante. Así es que la aparté de mí casi con brusquedad. Nos miramos fijos a los ojos. Los suyos se me antojaron una sima sin fondo que me atraía con una especie de vértigo…

Luché contra esta sensación y me aparté de ella lo suficiente para poder hablar con voz más o menos segura:

—Te quiero —fue cuanto dije.

Salí de la habitación rápidamente, antes que mi voluntad terminara por gastarme una jugarreta.

Ya en la calle, pensé que no podía ir preguntando a todo el mundo por la dirección que me interesaba, de manera que acabé llamando a un taxi, ordenándole que me llevara al final de Venice Road. De algo tenía que servirme el dinero que me había facilitado el pobre Benny.

CAPÍTULO VI

Desde luego, el almacén estaba en las últimas. La mitad del techo había desaparecido, así como una parte del muro trasero. Descubrí también los restos del letrero sobre la fachada principal. Tanto el edificio como sus alrededores ya no podían ser más tétricos. Resultaban un buen escondrijo para una pandilla de granujas.

Caminé silenciosamente alrededor del almacén. No se distinguía ni una luz en el interior, aunque eso no era obstáculo para que hubiera alguien allí. Podían encontrarse en una habitación interior, cerrada, o incluso en algún sótano.

Al fin decidí introducirme por encima del derruido muro que había visto antes. Cuando me encontré dentro, rodeado de escombros, me alegró el hecho de llevar en el bolsillo el revólver de Benny. Por ser la primera vez en mi vida que me veía envuelto en semejantes aventuras no estaba haciéndolo del todo mal.

Avancé procurando no hacer el menor ruido, tanteando el suelo con los pies antes de apoyarlos. Los escombros que llenaban la inmensa nave estaban adornados con latas vacías desperdicios y basuras, de manera que un paso mal calculado y en aquel silencio el ruido sería tan fuerte como un cañonazo.

Al fin tropecé con una pared. La tanteé con las manos buscando dónde terminaba y así llegué hasta su unión con el muro exterior. Aquello tenía el aspecto de una oficina interior, o tal vez parte de un almacén más pequeño enquistado en uno de los costados. Volví atrás, siempre tanteando la pared, hasta llegar a su extremo sin haber descubierto ninguna puerta ni abertura en ella. Seguí adelante.

Al cabo de lo que me pareció una eternidad logré descubrir por el tacto el montante de una puerta. Quedé inmóvil, escuchando por si me llegaba algún rumor desde el otro lado. Pero el silencio era total, casi tan sólido como los muros medio derruidos.

Tras una vacilación, tanteé la puerta en busca del tirador. Así descubrí que la puerta cedía sin esfuerzo, aunque dejó escapar un chirrido que hizo saltar mis nervios igual que si hubieran recibido una descarga eléctrica.

El interior de aquella estancia estaba tan oscuro como el resto del edificio.

Seguí escuchando, inmóvil, mientras intentaba atravesar el negro pozo de sombras que me envolvía. Nada, El silencio era completo, y mis esfuerzos por distinguir algo resultaban totalmente inútiles.

Al fin me decidí a seguir adelante, penetrando en la recién descubierta

estancia. Pero entonces me arriesgué a encender una cerilla. Necesitaba ver el lugar en que me encontraba.

La pálida luz no consiguió despejar las sombras más allá de un par de pasos. Me desplacé a un lado, hacia la pared. Seguí escudriñando lo que me rodeaba, dándome cuenta de que todo parecía estar tan abandonado como yo mismo.

Fue al apartarme a un lado que lo descubrí. Yacía en medio de los cascotes, cara arriba y no había duda de que estaba muerto. Sentí una extraña opresión en el estómago, al contemplar el atormentado rostro de Benny, cuyas facciones estaban fijas, estáticas, con un rictus de dolor clavado en ellas por algo más que la muerte.

Creo que solté un gemido, no lo sé cierto. Pero tardé mucho tiempo en inclinarme sobre él, mientras la llamita de la cerilla iba extinguiéndose rápidamente. Me quemé los dedos y la tiré, volviendo a quedar sumido en la más completa oscuridad en compañía del cadáver.

Luché para vencer el estremecimiento que me sacudía de arriba abajo y encendí otra. Entonces recorrí el cuerpo con la mirada, hasta detenerla en los desnudos pies. Y se me erizó el pelo al ver cómo los habían quemado en las plantas. Habían estado torturándole salvajemente, ya que las plantas eran una llaga viva, ennegrecida y sangrante. Sentí náuseas y tuve que desviar los ojos a otra parte.

Así que Judith tenía razón. Todo lo que estaba sucediendo no tenía nada que ver con Bucky y su pandilla. Eran otros los que estaban cometiendo los crímenes contra la banda de Benny y contra él mismo...

¿Por la fotografía? ¿Cómo podrían saber que existía y que contenía algo tan importante?

No tenía sentido. El tipo que la había tomado debía ser un chantajista, y esa clase de bichos suelen operar solos. ¿Por qué si eso era cierto, intervenía una pandilla de pistoleros?

Volví a quemarme los dedos. Encendí todavía un par de cerillas más antes no hube revisado el cuerpo de Benny en busca de un soplo de vida que no encontré. Después de esto me levanté, aturdido y asustado. Empecé a pensar que no era lógico que lo hubieran abandonado allí, si aquel era realmente su punto de reunión para sus sucios trabajos.

¿Volverían a por el cadáver, para desembarazarse de él?

Sin apenas advertirlo, me sorprendí murmurando:

—Lo siento, Ben, muchacho... alguien pagará esta salvajada...

Retrocedí lentamente en busca de la puerta, cuando un coche se detuvo en alguna parte. El miedo comenzó a apoderarse de mí. ¿Iban a sorprenderme allí dentro?

Nervioso, traté de alejarme de la puerta lo más rápido que pude, pero los montones de escombros y basura me lo impidieron. Al fin rodé por el suelo lo mismo que un fardo. Mis ojos estaban fijos en el resplandor de

unas luces que se habían detenido delante del almacén, en la parte que daba al muelle.

El coche estaba allí. Podía escuchar el suave latido del motor, apenas un rumor más que se unía al de las olas. Pero pronto escuché otros, como los pasos que se acercaban cada vez más y las voces que hablaban muy quedo.

Contuve la respiración. Se me antojó que los latidos del corazón sonaban igual que el parche de un tambor. Si me descubrían estaba perdido.

Las voces se oyeron más claras. Y, súbitamente, como surgidas de la nada, dos brillantes luces destellaron de un lado a otro.

Una voz dijo:

—Esto cada día está más sucio…

—¿Te vuelves delicado? —gruñó el otro.

Habían encendido sus linternas eléctricas, con las que alumbraban el camino en dirección a la estancia donde reposaba Benny, mudo testigo de la ferocidad de aquellos tipos.

Seguí escuchando. Uno dijo:

—¿A dónde vamos a llevarlo?

—¿Qué importa? Una vez tirado al agua asunto terminado. No podrán relacionarnos con el fiambre.

—¿Sabes lo que pienso? —refunfuñó el otro—. Que todo este asunto es una sarta de embustes. Ya has oído a ese crío. No sabía una maldita palabra de la fotografía. Sin embargo, ha reconocido que la cámara la había vendido él…

Así que era la fotografía lo que andaban buscando después de todo. El hielo que estaba entrando en mis venas bajó algunos grados. Continué inmóvil.

La voz del otro se elevó, contenida dentro de su tono chillón:

—Estaría bueno que nos jugásemos el pellejo por una cosa que no existiera…

—Sin embargo, «Bronco» está seguro.

—Al diablo. Lo importante es deshacernos de ese fiambre.

Desaparecieron dentro del destartalado despacho, suponiendo que fuera eso el recinto rodeado de estanterías. Las luces esparcían su resplandor a través del portal. Sus voces llegaban hasta mí en sordina.

—Yo lo agarraré por los pies —dijo uno—. Tú lo coges por los brazos y lo sacamos así, como un fardo…

—¡Eh, mira!

La exclamación contenía tanta excitación que me puse tenso como un cable.

—¡Cerillas! —exclamó el tipo—. ¿Recuerdas si alguien de nosotros las ha encendido antes?

—No. «Bronco» estaba fumando, pero no habrá encendido más de una… y aquí hay Varias…

—¿Crees que ha entrado alguien mientras íbamos en busca del coche?

—Seguro. Están recién quemadas. No contienen ni rastro de polvo…

—¡Condenación!

Salieron a escape y se detuvieron ante la puerta, describiendo un círculo con las luces. Me aplasté contra los escombros, siguiendo los brillantes brazos luminosos en su recorrido y descubriendo así la conformación del local.

De pronto, uno de los focos cayó sobre mí y pasó de largo, pero solo para retroceder de un salto violento.

—¡Mira, allí!

No había acabado de hablar cuando sonó el disparo. Debían tener las armas empuñadas.

La bala hizo saltar polvo y pedazos de ladrillo a escasas pulgadas de mi cara.

Me arrastré desesperadamente hacia atrás, buscando protegerme de más balazos. Al mismo tiempo luché para sacar el revólver. Antes que lo tuviera listo para hacer fuego sobre ellos repitieron sus disparos y dos balas aullaron por encima de donde yo me había refugiado.

Cerré un instante los ojos para escapar a la brillante luz. Calculé que si empuñaban las armas con la mano derecha, debía disparar apuntando también a la derecha del punto en que brotaban los rayos de sus linternas.

Lo hice así y disparé una vez. El revólver saltó en mi mano como si quisiera escapar. Hacía muchos años que no utilizaba arma alguna.

Allí delante sonó un alarido y uno de los haces de luz cayó al suelo y rodó hasta quedar inclinado hacia arriba, como buscando iluminar las estrellas. Alguien aulló:

—¡El maldito tiene una pistola!

—¿Dónde te ha dado? —gruñó su compinche.

—Aquí… en el hombro… ¡Cómo duele…!

—Condenado…

Un disparo apagó la linterna que había quedado en el suelo. La otra se había apagado tan pronto vieron que yo también podía defenderme.

Quedaron en silencio, acurrucados lo mismo que yo, y las tinieblas que habían descendido sobre nosotros parecían mucho más espesas que antes.

Ninguno de nosotros se atrevía a moverse. Aunque ellos eran dos, la total oscuridad nos igualaba. Sin embargo, el miedo me atenazaba contra el suelo, impidiéndome adoptar una resolución. Aquella clase de actividades no estaban hechas para mí. Afortunadamente, había empleado la cabeza y así el éxito había acompañado a mí disparo.

No tengo idea del tiempo que pasó, mientras pensaba que de allí no saldría con vida. Ellos no tenían más que esperar a que las primeras luces

del día entrasen por los huecos del techo. Entonces me cazarían.

Pero por lo visto también estaban asustados. Seguramente temieron que alguien hubiera escuchado los disparos, porque cuando más negros eran mis pensamientos, escuché el poderoso rugido del motor del auto, que se alejó entre un rechinar de llantas, castigadas al dar la vuelta a toda velocidad. Los dos fulanos debieron alejarse en completo silencio.

Esperé hasta que el resplandor de los faros se hubo extinguido por completo antes de moverme. Entonces salí de mi parapeto sin abandonar el revólver, y también emprendí la huida tan rápidamente como pude.

Más tarde, ya lejos de las peligrosas proximidades del almacén, comencé a imaginar qué harían los pistoleros después de lo sucedido. No era probable que volvieran al almacén durante la noche. Ellos no sabían quién era el que había descubierto su crimen… Y, por otra parte, tanto a Judith como a mí nos convenía una tregua, sobre todo a ella, que era conocida de aquellos criminales como amiga de Benny. Era preciso mantenerlos alejados de ella.

Y de pronto se me ocurrió la idea, y la puse en práctica sin perder tiempo. Entré en el primer bar que hallé a mí paso y me encerré en la cabina telefónica. Medio minuto después estaba al habla con la policía.

—Tomen nota —dije rápidamente—. En el almacén arruinado que hay al final de Venice Road encontrarán un cadáver. Ese es el almacén que sirve de guarida a la pandilla de «Bronco»…

—¡Un momento! —gritó el policía—. No se retire…

Colgué. Ya tenían bastante, y me dije que de seguir así deberían nombrarme policía honorario de Los Ángeles. Después de todo, no dejaba de tener cierta gracia mi situación. Perseguido por la policía, acusado de asesinato, y les estaba facilitando una serie de triunfos. Quién había de decirme a mí que…

Pero, en fin, mientras los polizontes tuvieran acorralados a los esbirros de «Bronco», estos no podrían ocuparse de buscar fotografías.

⋆ ⋆ ⋆

Judith estaba despierta cuando llegué. Se abrazó a mí como si hubiese temido no volver a verme jamás. La besé, aunque sin mucho entusiasmo en aquellos instantes. Estaba demasiado nervioso y mi mente trabajaba a toda presión.

Cuando se apartó un poco murmuré:

—Benny ha muerto…

Gimió y no pudo contener las lágrimas. No le dije lo que le habían hecho antes de matarlo.

Le costó calmarse, y aun entonces hipó violentamente, trastornada por la noticia.

—¿Le apreciabas mucho, no es cierto? —dije suavemente.

—Sí... Nos conocíamos desde pequeños... Habíamos crecido juntos...

—Lo siento, Judith. Te juro que lo siento mucho. Él me había ayudado sin conocerme siquiera. Era un gran muchacho, aunque llevara ese mal camino.

—¿Y tú hablas de mal camino, Jack, cuando también a ti te persiguen?

Vacilé. Estaba harto de que me tomaran por un criminal. Dije:

—Lo mío es muy distinto...

—¿Sí? ¿De qué te acusan?

—De asesinato.

Se estremeció y dio un paso atrás.

—Jack... —susurró sin voz.

—El hecho de que me acusen de un crimen no quiere decir que yo lo haya cometido, pequeña.

—¿Quieres decir que no lo cometiste?

—No.

—No puedo creerte, Jack... Si eres inocente, ¿por qué andas huyendo?

—Es una larga historia, Judith, y no me gusta hablar de eso... Es... Bien, es doloroso para mí. Y hace que me sienta desgraciado todavía.

—Cuéntamelo todo, querido... Puedes confiar en mí. Te quiero y tú lo sabes.

—Sí, lo sé...

—Cuéntame.

Encendí un cigarrillo, no muy dispuesto a complacerla. Un secreto compartido deja de ser secreto. Y en mi situación no podía prodigar mi confianza por mucho que Judith afirmase su amor por mí. Yo también la quería, pero...

Me encogí de hombros y acabé decidiéndome.

—Está bien, cariño, te lo contaré todo. Y estaré en tus manos además...

—¿Crees que puedo traicionarte?

Sacudí la cabeza. Luego empecé:

—Me casé hace un par de años. Entonces creí estar enamorado, amar verdaderamente a mí mujer, convencido de que ella me quería de la misma manera. Pronto salí de mi error... Mi esposa amaba a una sola persona: Ella. Su único interés por mí, por mí trabajo y por mis triunfos, se limitaba a estar al corriente de las cantidades que ingresaban en el Banco. Todo lo demás no le importaba en absoluto. De ahí que fuésemos distanciándonos cada vez más, hasta que ella arregló la casa para disponer de dormitorios separados...

—¿Es a tu esposa a quién se supone que has matado? —me interrumpió Judith.

—Sí:

—Continúa, querido...

—Poco queda ya. Empezó a salir sola muy a menudo. Últimamente,

había veces que yo llegaba a casa y ella no había regresado todavía. Cuando le preguntaba respondía con evasivas… con embustes tan claros como la luz. Entonces encargué una investigación, y los detectives privados descubrieron que mantenía relaciones con dos hombres. Me entregaron fotografías, direcciones y testigos de sus encuentros. Y decidí pedir el divorcio.

—¿Y ella se opuso?

—No. Al día siguiente de presentada la demanda la encontré muerta… estrangulada con una de sus propias medias.

—¿Qué sucedió luego, Jack?

—Todo se precipitó. Creo que perdí la noción de las cosas en cuanto la vi. Quedé paralizado de espanto, incapaz de razonar, sin poder apartar la mirada de ella… Y así me encontró la policía.

—¿La policía? —exclamó Judith, asombrada.

—En efecto. Entraron por la puertecita del jardín trasero. El cadáver estaba en la salita y me vieron nada más aproximarse. Seguramente creyeron que yo estaba tan trastornado que no atinaría a moverme, pero no fue así… Mientras uno de ellos estaba telefoneando, perdí el control de mis nervios. Golpeé al otro y hui como un loco en su propio coche, que abandoné tan pronto recobré un poco la caima. Entonces comprendí la locura que había cometido… cuando ya era demasiado tarde.

—Es terrible, amor… —susurró—. ¿No sospechas quién lo hizo en realidad?

—No. Como no fuese alguno de sus amigos…

—¿Y no puedes volver y contarles la verdad a los policías? Tienen que creerte… seguramente podrás justificar que cuando ella murió tú no estabas allí…

—Ya he pensado en eso. Pero el médico forense fijó la muerte con una hora de margen en más o en menos… Incluso, para ellos, podía terminar de estrangularla cuando me sorprendieron.

Judith se abrazó a mí y murmuró junto a mí oído:

—Sea como sea se descubrirá la verdad… Debes tener confianza… Y yo te ayudaré a tenerla. Te amo, Jack, y a mí no me importa tu cuenta corriente.

La besé. ¿Qué otra cosa podía hacer? Nunca me había encontrado con una muchacha semejante.

Fue como si el tiempo se hubiera detenido. El beso se eternizó, nuestros brazos eran cual cadenas que nos aprisionaran… mientras la noche, fuera, avanzaba envuelta en sombras.

Fue lo mismo que un sueño del que no se quiere despertar jamás.

CAPÍTULO VII

Pasé la mañana siguiente sumido en un caos de proyectos; planes y más planes pasaron por mí cabeza, y los fui echando a un lado uno tras otro. Con los nervios de punta encendí el último cigarrillo, aspiré el humo y contemplé como evolucionaba perezosamente hacia el techo. No se me ocurría nada capaz de sacarme de mi apurada situación.

Finalmente, volví a pensar en una idea que había desechado al principio. Pero no resultaba fácil concentrarse teniendo continuamente la imagen de Judith danzando en mi mente, reviviendo en mí las sensaciones que ella había despertado dentro del infierno en que había estado hundido. Mi vida podía ya dividirse en dos partes: Antes y después de Judith. El que ese después fuera tan largo como mi vida dependía única y exclusivamente de mí.

Así es que volví a mí idea. Si la policía seguía creyendo que yo era un criminal y concentraban todos sus esfuerzos en capturarme, jamás descubrirían al verdadero asesino, de manera que algo había que hacer para remediar eso.

Decidí hacerlo cuanto antes.

Terminé de vestirme y abandoné la habitación cuando la tarde había avanzado lo suficiente para que el sol estuviera ocultándose. La gente se apretujaba en las aceras, empujándose cual si tuviesen prisa por llegar a alguna parte. La mayoría de ellos era como si huyesen de algo, de una amenaza que gravitara sobre sus cabezas. Tal vez huían de la rutina diaria, del trabajo que les había mantenido amarrados horas y horas…

Yo también huía, pero de algo mucho más tangible. Sobre mí gravitaba la amenaza de un crimen.

Busqué una cabina telefónica, me encerré dentro y llamé a la Central Policíaca. Tuve que discutir con un aburrido policía antes no conseguí hablar con un oficial de Homicidios. Pero al fin lo conseguí.

—Habla el teniente Duncan —anunció una voz.

—¿Está usted enterado del crimen cometido en Santa Bárbara? —le pregunté sin rodeos.

—¿Cómo? —no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Sí o no?

—¿A qué crimen se refiere?

—Bárbara Baxter —dije.

—¡Oh! —exclamó solamente.

—Veo que tiene noticias… ¿Tiene también orden de captura contra el marido?

—¿Quién habla, por favor?

—Eso no importa ahora, teniente —corté—. Hay algo que debe saber la policía, y es que el marido de Bárbara Baxter es inocente. No mató a su mujer, aunque perdió la serenidad y escapó al ser encontrado allí. Hay un asesino que se está riendo ahora de toda la policía del Estado... Y es a este a quién hay que buscar.

—Quiero saber quién es usted antes de continuar la conversación.

—Walter Baxter.

—¡Cielos! —balbuceó—. El marido...

—Sí, el marido. Ya estoy harto de andar escondiéndome. Busquen al criminal... Posiblemente sea alguno de los dos amantes que ella tema... Tal vez lo colocó en una posición peligrosa... no sé, eso deben descubrirlo ustedes, pero yo he estado pensando mucho sobre esto. El asesinato fue cometido al día siguiente de presentar yo la demanda de divorcio. Ella sabía que no podría sacarme casi ningún dinero a causa de las pruebas y fotografías que yo poseía... Quizá intento conseguir dinero de uno de sus amigos. Ella era capaz de todo por un puñado de dólares.

—Escuche, Baxter —me interrumpió el policía—. Si realmente es usted inocente, lo mejor que puede hacer es presentarse aquí. Le escucharé y le prometo que tendrá todas las oportunidades necesarias para probar su inocencia...

—No me conviene. Encerrado entre cuatro paredes no podría conseguir otra cosa que una condena. La policía de Santa Bárbara ni se molestaría en escucharme.

—No sea loco... acabará por caer en nuestras manos y entonces no tendrá ninguna oportunidad. Será tratado como un fugitivo.

—Olvídese de eso. Haga lo que le digo... Busquen a ese criminal. Si consigue por lo menos apartar las sospechas de mí no se arrepentirá. Tengo en mis manos la solución de un crimen mucho más famoso, teniente, algo que le sacará a usted en los periódicos con tanta fuerza como a una estrella cinematográfica...

—¿Qué demonios está diciendo?

—¿Quién lleva el caso de Ada Palmer?

—¿Qué tiene usted que ver con eso?

—Personalmente nada, pero puedo entregarle al asesino atado de pies y manos y dejarle el triunfo a usted.

—¡Por todos los diablos del infierno! ¿Está usted loco o quiere tomarme el pelo? ¿Qué patraña es esta?

—La solución del caso Palmer, con una fotografía del asesino en el momento de cometer el crimen, teniente. Ese es el precio de su ayuda, solo para que intente ayudarme. Después de todo lo único que hará será hacer justicia, puesto que soy inocente.

—¡Condenación! No puedo creerlo...

—Volveré a llamarle, teniente —prometí, dispuesto a colgar. No quería darles la oportunidad de localizar la llamada. Pero añadí—: Recuerde; su ayuda a cambio de un triunfo.

—¡Espere, maldito sea! —aulló, casi frenético—. ¿Cómo sabré que no me miente?

—No lo sabrá hasta que haya investigado lo suficiente. Hasta entonces deberá confiar en mi palabra.

Y colgué el auricular, abandonando rápidamente la cabina y el establecimiento. Habían tenido tiempo suficiente para localizar el teléfono desde el que estaba hablando.

Si el policía hacía caso de mi propuesta… si lograba demostrar mi inocencia, todo volvería a su cauce. Mi vida volvería a empezar y Judith estaría a mí lado para ayudarme a rehacerla.

Judith. Pegué un respingo y miré el reloj. Faltaba media hora todavía para que viniera a mí encuentro, de manera que tenía tiempo suficiente para comer cualquier cosa antes de regresar a mí refugió.

Tomé unos bocadillos en un tugurio de mala muerte, engullí una pésima cerveza y fumé un cigarrillo, recordando la conversación con el teniente Duncan. Por su voz me había parecido un hombre recio, firme y decidido. Hablaba con firmeza y daba la impresión de ser capaz de todo con tal de cumplir con su deber. Yo deseaba con toda mi alma que eso fuera cierto.

Salí con el tiempo justo para llegar a la cita sin retraso. Judith no había aparecido todavía cuando entré en la habitación. Encendí un cigarrillo dispuesto a esperarla, recordando sus besos, sus palabras de amor y su sinceridad al poner al descubierto la pasión que la dominaba, sin falsos rubores y con una espontaneidad casi infantil…

El cigarrillo se terminó y encendí otro. Se retrasaba y yo comenzaba a impacientarme.

Una hora después la impaciencia se había convertido en inquietud. ¿Por qué no aparecía de una vez?

No pude aguantar más. Salí a la calle con la muerte en el alma. Ella no podía haberse retrasado tanto sin un motivo muy poderoso. Y yo sabía la clase de motivos que podían interponerse en el camino de la muchacha en el ambiente en que se movía. Judith era amiga de Benny. Y Benny había sido muerto, lo mismo que aquel otro muchacho, casi un niño… Podían haber capturado a Judith también… Podían matarla, o torturarla como habían hecho con Ben…

Afortunadamente las calles estaban oscuras y pude deslizarme entre la gente sin llamar su atención. Medio loco de angustia, tomé el camino del «Remy’s Club». Yo sabía que ella no estaría allí, pero alguien podría indicarme dónde vivía… y después todo dependía de la suerte.

En efecto; Judith no estaba en el club. Realmente había muy poca gente

todavía a causa de lo temprano que era, pero descubrí a algunos de los muchachos de la pandilla. Entre ellos estaba el que había entregado los cuarenta y dos dólares y fue a este a quién llamé aparte.

—¿Sabes lo de Benny? —le pregunté sin rodeos.

Se estremeció. Su voz era ronca y temblaba al hablar.

—Sí… todo el barrio está enterado —afirmó.

—¿Y saben también quién lo ha hecho? ¿Saben quién le ha quemado los pies antes de matarlo?

—¿Qué?

Se echó para atrás, aterrado.

Remaché:

—Le torturaron antes de acabar con él. Supongo que quisieron hacerle confesar algo que ni siquiera sabía. Y fueron los mismos que mataron a Perry.

—No lo comprendo… ¿Qué podían querer de él?

—Eso no importa ahora, muchacho. ¿Sabes quiénes hicieron la faena?

—«Bronco» y los suyos. Todo el barrio lo sabe porque la policía les está dando caza. Alguien debe haberlos delatado.

—No sabes cuánta razón tienes. Ahora bien, es posible que hayan capturado también a Judith…

—¡No! Malditos sean… si la han tocado…

—Tenía que haberse encontrado conmigo hace más de una hora, pero no ha acudido a la cita. ¿Tú sabes dónde vive?

—Sí.

—Acompáñame a su casa, es posible que sepan algo. Y si no…

—Espere… «Bronco» y sus matones han asesinado a Benny, y antes habían matado a Perry. Hasta ahora nosotros no estábamos seguros de quiénes eran los que estaban haciendo todo esto, y nos hemos mantenido quietos, tan quietos como unos estúpidos… creo que teníamos miedo. Pero esto se ha acabado… Nosotros podemos sacar de sus escondrijos a los bastardos que han escapado a la redada de los polis… Y los sacaremos.

—Todo esto puede esperar. Lo importante es encontrar a Judith… viva.

—Vamos.

Salimos del local y el muchacho me guio por un dédalo de callejuelas insanas, malolientes y oscuras. Finalmente se detuvo ante un edificio cuya desconchada fachada hablaba claramente del descuido y suciedad de los habitantes.

Ante la puerta, el muchacho murmuró:

—Si está el padre será mejor que me deje hablar a mí. Yo sé cómo tratarlo.

—Bien, adelante.

Llamó. Tuvimos que esperar una eternidad antes de que la puerta fuera abierta, y entonces comprendí las razones de Judith para intentar evadirse,

huir del ambiente que la rodeaba desde su infancia.

El hombre que apareció no era otra cosa que una sucia ruina, tanto o más maloliente que la calleja. Una barba de varios días cubría su cara, y el enmarañado cabello parecía la pelambrera de un perro abandonado.

Nos miró, vacilante. Sus ojillos de puerco trataron de fijar las imágenes, pero tuvo que apoyarse en el quicio del portal para no caer.

—¿Qué… qué pasa? —balbuceó torvamente.

—¿Está aquí Judith? —preguntó mi acompañante.

—¿Ju… Judith… esa… esa zorra…?

—Vamos, «papi», no seas tan rudo —sonrió el muchacho—. ¿Está aquí o no?

—No… no lo sé… Largo… largo de aquí… Tan perros como… como ella…

—¿Cuándo ha salido? —siguió preguntando el chico, con voz suave.

—No sé… nunca quiere darme… dinero… ni un cochino dólar… para… para bebida…

Mi compañero subió los tres peldaños y pasó por su lado, colándose al interior. El alcohólico dio un traspié intentando girar para detenerle, pero no lo consiguió y estuvo a punto de caer. ¡Pobre Judith…!

Cuando el muchacho apareció no se molestó en saludar al viejo. Vino hacia mí con el ceño arrugado.

—No está en casa —anunció sombríamente—. Hay que buscarla… y para eso necesitamos la ayuda de los demás.

Nos alejamos de allí oyendo la cascada voz del borracho que nos insultaba y maldecía entrecortadamente. Durante el camino de regreso al club mi acompañante gruñó:

—Hemos sido unos estúpidos. Habernos dejado machacar de semejante manera… Benny no se merecía esto…

—¿No tropezaremos con la policía si buscamos a esos tipos? —dije, preocupado—. Los polizontes andan también a la caza de los matones de «Bronco».

—Los polis no saben dónde buscarlos. Nosotros sí.

Cuando entramos en el local, cuatro o cinco muchachos de la pandilla se acercaron a nosotros. La voz cantante la llevó mi guía.

Explicó:

—Judith ha desaparecido. Como sabéis también, Benny está muerto, pero tenéis que saber que antes de matarle le torturaron quemándole las plantas de los pies. ¿Vamos a dejar las cosas así? ¿Dejaremos que esos cobardes se queden tan frescos después de esto?

Se miraron entre sí, con las mandíbulas apretadas y expresión resuelta.

—Vamos a por ellos —gruñó uno.

Los demás asintieron con enérgicos movimientos de cabeza.

Intervine entonces para remachar cuál era la tarea más urgente.

—Un momento —dije—. Tenemos que vengar a Benny. Yo también le apreciaba porque me había demostrado que era un buen amigo. Pero lo más urgente ahora es rescatar a Judith, si realmente está en manos de esa gente. Tenemos que encontrarla antes que puedan hacerle daño… y después podemos dedicarnos por entero a cazar coyotes. ¿De acuerdo?

Asintieron. Ni uno de ellos intentó discutir conmigo.

—Está bien —añadí—. Vosotros conocéis los escondrijos de esos tipos. Búsquenla en todos ellos, pero sin emprender ninguna acción por separado. Cuando encuentren alguna pista será mejor reunimos y planear lo que hay que hacer. ¿De acuerdo?

Asintieron. Mi compañero los despachó y él se quedó a mí lado. Me miró recto a la cara y preguntó:

—¿Va usted a tomar parte en esto igual que cualquiera de nosotros?

—Sí.

—*Okey*. Quédese aquí. Yo iré mandando a los muchachos para que le traigan cualquier informe… Y después actuaremos sobre seguro, antes que la policía pueda echar mano de esos cobardes.

Estreché su mano, pero insistí en acompañarle.

—No es conveniente —contestó—. Usted desconoce el barrio… no sabe dónde puede encontrarse un escondrijo… Y usted, entre nosotros, llamaría la atención. Nadie hará caso de un puñado de chicos que andan de un lado a otro. Aguarde aquí.

Salió disparado dejándome solo, inquieto y desesperado por la forzada inactividad a que me veía sometido.

Pedí un *whisky* y esperé, mientras el tiempo pasaba tan lentamente que se hacía eterno. Cuanto más pensaba en Judith más inquieto me sentía, más deseaba encontrarla y enfrentarme abiertamente con la pandilla de asesinos que había desencadenado aquellas muertes.

Pero, ¿dónde buscarlos?

Los muchachos tenían razón. Ellos eran los únicos que podrían sacar a las ratas de su agujero.

Me propuse esperar con forzada calma, pero los nervios dieron al traste con mis propósitos. Mil ideas terribles demolieron poco a poco toda la calma que había logrado acumular a la fuerza.

Terminé por decirme que si obligaban a Judith a delatar el paradero de la fotografía, irían en mi busca. Al no encontrarme, ella lo pasaría peor todavía y yo perdería una oportunidad de ponerme en contacto con aquellos bastardos, de manera que abandoné el local después de dejar dicho que volvería, por si los muchachos traían alguna pista, y corrí a mí cuarto.

Allí no había nadie y la fotografía seguía en su lugar. Respirando agitadamente a causa de la carrera, permanecí inmóvil unos instantes, pensando que el escondrijo de la fotografía ya no me parecía tan seguro…

y acabé por sacarla de él. Salí al pasillo y miré a ambos lados. No había nadie. Una solitaria luz brillaba en un extremo, encerrada en un globo de cristal. Me acerqué a ella.

El globo era sostenido por un aplique metálico atornillado a la pared, y tras un examen descubrí que entre la pared y el metal quedaba una rendija suficientemente ancha para introducir por ella el sobre... y allí lo metí, seguro ya de que nadie lograría descubrirlo.

De nuevo en la habitación, esperé paseando de un lado a otro, furioso como una fiera enjaulada. Nada sucedió durante un buen rato, pero al fin alguien golpeó tímidamente a la puerta.

Pegué un brinco y empuñé el revólver.

—¿Quién? —pregunté secamente.

—¿Es usted Jack?

Quedé atónito. Era la voz de un niño.

Abrí rápidamente. En efecto, un chiquillo de unos ocho o nueve años me miraba con grandes y asombrados ojos.

—¿Es usted Jack? —repitió.

—Sí.

Sacó un sobre del bolsillo y me lo entregó, explicando al mismo tiempo:

—Me han dado esto para usted y me han prometido que usted estaría tan contento que me entregaría un dólar...

—¿Quién te ha dicho eso?

—Un hombre.

—¿Lo conoces?

—¿Al hombre? No, nunca lo había visto.

—Está bien, chico... Toma, no te han engañado.

Le entregué un dólar y cerré la puerta. Con dedos que temblaban, abrí el sobre y saqué el trozo de papel que contenía, una hoja de cuaderno ordinario partida por la mitad. El mensaje no podía ser más lacónico. Si no acudía a las doce en punto a determinado lugar, Judith sería torturada igual que Benny. Debía ir solo, llevando la fotografía y el negativo, y esperar a que se me acercase alguien que me preguntaría la hora. Al decírsela él comentaría que era temprano todavía y se alejaría. Yo debía seguirle.

Eso era todo. Miré el reloj. Faltaban cuarenta y cinco minutos para las doce. Pensé que aquellos tipos no eran simples aficionados como los muchachos de Benny, sino que sabían lo que hacían. También llegué a la conclusión de que, una vez la fotografía en su poder, nadie nos salvaría a mí y a Judith de morir en sus manos. Habían demostrado que no dejaban tras sí ningún peligroso testigo.

Una oleada de ira se apoderó de mí, empujándome hacia unos caminos que jamás había recorrido. La sola idea de que Judith estaba en poder de aquellos salvajes asesinos, me ponía enfermo y, sin apenas advertirlo, llegó

un instante en que disfruté por anticipado ante la idea de acabar con ellos, de matarlos igual que a bestias dañinas. Era como si el destino quisiera convertirme realmente en un asesino para hacer honor a la orden de detención que pesaba sobre mí.

Al fin adopté una decisión y abandoné la habitación, Hasta entonces, los esbirros de «Bronco» habían atacado a muchachos con menos edad y experiencia que ellos, casi chiquillos, cuya picardía se limitaba a robar cualquier objeto que encontrasen a mano para presumir de duros. Bien, ahora iban a enfrentarse a un hombre hecho y derecho, mayor que ellos, más desesperado que ellos y con tanto o más salvajismo que ellos latiendo en las venas, porque yo iba a aplastarlos empujado por algo grande y hermoso que había devuelto en mí la fe en la vida.

Judith.

CAPÍTULO VIII

Llegué al lugar de la cita apenas con dos minutos de tiempo para dar un vistazo por los alrededores. Habían sabido elegir el paraje; oscuro y desierto, nadie se fijaría en dos hombres que iban a encontrarse como por casualidad.

Volví sobre mis pasos y fui a situarme exactamente en el lugar indicado. Percibí un par de sombras que se deslizaban en la esquina. Apreté las mandíbulas y casi inconscientemente acaricié la culata del revólver que pesaba en mi bolsillo.

El hombre llegó con extraordinaria puntualidad. Se detuvo frente a mí y murmuró:

—Por favor... ¿Qué hora es?

—Las doce...

—Gracias. Creí que era más tarde. Uno no sabe a dónde ir tan temprano...

Y se alejó andando normalmente, como un honrado funcionario después del trabajo y de regreso al hogar. Pero yo iba a darle hogar.

Apresuré el paso hasta colocarme casi a su lado. Dije con firmeza:

—Espere.

Se detuvo y me miró.

—¿Sí?

Era un tipo de unos veinticinco años, rostro enjuto y mirada inquieta. Sus manos se movían continuamente como si no pudiera dominarlas.

—¿Está Judith en el lugar a dónde vamos?

—Lo verá cuando llegue.

Reanudó la marcha y yo tras él. Empecé a pensar que si me dejaba llevar a un sitio donde ella no estuviese, habría perdido el tiempo y tal vez la vida de los dos.

Bien, empezaríamos antes de tiempo. Volví a apresurar el paso y otra vez detuve a mí guía, que gruñó, ya enfurecido:

—¡Maldito sea! ¿No sabe las instrucciones? Limítese a seguirme.

—Voy a hacer algo más, condenado criminal...

Le apreté el cañón del revólver en el vientre y empujé.

—¿Sabes lo que es eso, bastardo?

Vaya si lo sabía. Se tambaleó y sus labios empezaron a temblar.

—No haga ninguna locura —aconsejó, asustado—. Ella lo pagaría.

—De momento quien va a pagarlo eres tú...

No advirtió el movimiento hasta que ya era demasiado tarde. El cañón del revólver se aplastó contra un lado de su cara, tirándolo contra la pared.

Fui tras él y le golpeé de nuevo, tan furioso, que hubiera podido matarle sin lamentarlo siquiera. Pero tenía que hablar.

—Ese es el tratamiento que necesitan —gruñí entre dientes, apretándole contra el muro—. Yo no soy un tonto chiquillo que admira a los asesinos...

Le registré y saqué un cuchillo de muelle de uno de sus bolsillos. Me lo embolsé y pregunté otra vez.

—¿Dónde está Judith?

Sacudió la cabeza, aturdido. Le faltaba poco para desmayarse, mientras la sangre se deslizaba de su mejilla, que aparecía casi en carne viva gracias al punto de mira del revólver.

Salvajemente, le incrusté el cañón en el estómago como si quisiera clavárselo. Lanzó un aullido y se desplomó de rodillas, doblándose hacia adelante. Le enderecé de un puntapié.

Entonces habló con voz rota. Fue solo un suspiro:

—Está donde vamos ahora. No me golpee más...

—Bien, arriba, cerdo. Iré junto a ti con el revólver dispuesto a matarte, y ten por seguro que lo haré sin vacilar a la menor señal de que me hayas mentido.

Echamos a andar, él vacilante y apoyándose en las paredes de vez en cuando.

El paseo fue corto. Nos metimos por una calleja a la que daban la parte trasera de un bloque de edificios. El otro lado era el muro de una gran edificación de dos plantas, algo semejante a una fábrica.

Fue al final de ese muro donde nos detuvimos, y mi prisionero dio unos golpes en una puerta. Apreté más el revólver contra su espalda.

La puerta se abrió y otro satélite apareció a la vista.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí...

No tuvo tiempo de comprender que era falso. El revólver cayó sobre su cráneo como una maza, y antes de llegar al suelo aún tuve oportunidad de atizarle otra vez, de manera que quedó atravesado en el portal lo mismo que un fardo.

—Apártalo a un lado —ordené—. Aquí, en la calle...

Lo arrastró y luego lo dejó caer sin contemplaciones. Entre ellos no debía existir el espíritu de camaradería.

Entramos. Un interior oscuro al que se llegaba después de descender algunos escalones. Al llegar abajo una solitaria bombilla alumbró la machacada cara de mi preso, que giró la cabeza para verme bien. Hasta nosotros llegaban voces apagadas.

—Recuerda —le dije—. Te mataré si has mentido.

—Está allí dentro... pero yo no he tenido nada que ver con esto. Solo me han empleado de mensajero...

—Seguro, camarada —dije con un gruñido, al mismo tiempo que le empujaba en dirección a las voces.

El tipo abrió una puerta y puede decirse que su entrada fue sensacional. Había cuatro tipejos allí dentro, todos ellos parecidos al que yo había capturado. Los cuatro se quedaron helados al ver la cara de su compinche, y antes que pudieran reaccionar les mostré el revólver lo suficiente para que vieran que la cosa iba en serio.

—Únete a ellos —ordené al herido, empujándole.

Los cinco quedaron allí, mirándome con todas las furias del infierno asomando en sus ojos.

Uno de ellos habló tras un carraspeo.

—¿Ha traído la foto?

—Al diablo la foto —dije, furioso—. ¿Dónde está la muchacha?

Señaló una puerta cerrada.

—Allá dentro...

—Muy bien. Todos junto a la pared, rápido. ¿Quién es «Bronco»?

—Yo.

Era el que había hablado. Era bueno saberlo. Sería el primero a quién mataría si habían tocado a Judith.

Se apretaron contra la pared y entonces ordené al de la cara machacada:

—Saca todo lo que lleven tus compañeros en los bolsillos y déjalo sobre la mesa. Ya sabes que no bromeo.

El desgraciado lo sabía de memoria, así es que no hizo tonterías. Vació los bolsillos a los otros cuatro y dejó todo sobre la mesa. Entre otras cosas que no me interesaban, depositó una automática y tres cuchillos.

—Muy bien, vuelve con ellos...

Me acerqué a la puerta indicada sin perderlos de vista. «Bronco» gruñó:

—Te mataré lo mismo, entrometido.

—Seguro...

Empujé la puerta y la abrí de un puntapié. Antes de mirar dentro me aseguré de que ninguno de los cinco se había movido. Entonces giré un poco la cabeza y la vi.

Sentí qué la sangre dejaba de latir en mi venas, igual que si el universo se hubiera detenido y todo a mí alrededor estuviera muerto.

Judith estaba atada a una silla, con la cabeza caída a un lado y su respiración era espasmódica. Le habían desgarrado el vestido desde los hombros para abajo y unos hilos de sangre habían dibujado sinuosos surcos sobre su piel. Al principio de cada surco había una marca redonda, chamuscada... Le habían aplicado cigarrillos encendidos sobre la piel.

Creo que lancé un gemido, o un grito. Apenas veía nada más que el atormentado cuerpo de Judith y las borrosas manchas junto a la pared. Las manchas eran los salvajes que habían torturado a la mujer que yo amaba.

—¿Quién lo ha hecho? —pregunté con un rugido.

Ninguno respondió. Un velo rojo se extendía ante mis ojos. En mi cerebro solo quedaba la idea de la muerte. Por primera vez en mi vida deseaba matar, matar y matar.

—¡«Bronco!» —grité.

Se sobresaltó. Mi voz era muy ronca, casi ininteligible.

—Voy a matarte, cerdo —le anuncié—. He hecho que la policía te acorrale, a ti y a tus perros de presa… pero veo que has escapado.

—Solo nosotros —gruñó—. Los demás han sido detenidos.

—Esa ha sido vuestra desgracia, haber escapado.

Tiré del disparador casi sin darme cuenta. «Bronco» dio un salto y pegó contra la pared. El estampido pareció que iba a echar abajo las paredes.

«Bronco» me miró estúpidamente. Sus compinches le miraron a él y luego a mí. Su jefe estaba apretado contra la pared, igual que clavado a ella, mientras engarfiaba sus manos sobre su estómago.

De nuevo apreté el gatillo y un nuevo impacto sacudió el corpachón del asesino, que esta vez se deslizó por el muro cayendo de rodillas con la sangre ensuciando sus manos. Las dos balas habían penetrado muy cerca una de otra.

Hipó y luego sollozó dolorosamente, mientras sus desorbitados ojos no se apartaban de mí. Entre gemidos murmuró algo que no entendí, pero yo deseaba que en sus entrañas las balas pusieran todos los dolores del infierno.

Entonces sucedió lo inesperado. Alguien me cayó encima desde el interior de la habitación donde estaba Judith, alguien que debía haber permanecido escondido allí, conteniendo incluso la respiración.

Rodamos por el suelo. Vi venir a los otros cuatro igual que furias vengadoras y empecé a tirar del disparador como un loco, con la esperanza de que alguna bala alcanzase a cualquiera de ellos.

Tuve suerte. Vi un rostro deshacerse en mil pedazos, mientras el cuerpo era lanzado hacia atrás, pero entonces los demás cayeron sobre mí y el revólver voló de mi mano y un millón de golpes llovieron brutalmente de todas partes.

Convencido de que aquella era la última pelea de mi vida, me revolví como una bestia acorralada, más que nada pensando en Judith y en su final si ellos terminaban conmigo antes de tiempo… Pero poco podía hacer contra todos ellos.

Un mazazo junto a mí oreja estuvo a punto de acabar con la lucha. Luego conseguí hundir la rodilla en el vientre de uno y el hombre dejó de luchar por unos instantes.

Cuando caí casi inconsciente llegó mi salvación, con algo de retraso sobre lo previsto, pero a tiempo después de todo.

Los muchachos de Benny cayeron sobre mis atacantes como una legión

de diablos enfurecidos. Todos iban armados de recios palos, y cada golpe astillaba algún hueso, de manera que antes de un minuto la pelea había terminado y los cuerpos que yacían en el suelo no eran otra cosa que piltrafas machacadas, apaleadas a conciencia hasta convertir en pulpa la mayoría de sus huesos. Los médicos de la cárcel iban a encontrarse con infinitas dificultades para recomponer aquellos despojos.

Corrí hacia Judith en cuánto pude tenerme en pie. Seguía inconsciente, pero de entre sus labios brotaba algún gemido. Traté de cubrirla un poco con los restos del vestido, pero acabé quitándome la chaqueta y cubriéndola con ella.

Entonces abrió los ojos. Al principio no me reconoció, pero cuando oyó mi voz empezó a llorar suavemente.

La dejé que siguiera así unos minutos, tras soltarla de sus ataduras, y esperé pacientemente a que se calmara.

Unos de los muchachos dijo:

—«Bronco» está en las últimas…

—Sí, tenemos que irnos de aquí. ¿Habéis encontrado mi revólver?

—Sí… aquí tienes…

Lo guardé. Tenía que desprenderme de él cuanto antes.

Finalmente, Judith recobró la voz y cesó de llorar. Murmuró:

—Jack… no he podido… resistir…

—No hables ahora, pequeña. Ya hemos ajustado cuentas con todos ellos.

—«Bronco»…

—Está muerto.

—Él… él me quemaba… con el cigarrillo…

—Olvídate de eso ahora, Judith. Todo ha terminado.

La levanté en brazos y la llevé hacia la salida. Los muchachos me cerraron el paso.

—¿Qué hacemos con todos estos?

Miré los restos de «Bronco» y sus matones.

—Son vuestros —dije—. Ellos mataron a Benny y al otro chico y han torturado a Judith. Podéis hacer lo que queráis con esta basura… aunque opino que sería mejor entregarlos a la policía. Una llamada telefónica sin decir quién habla, y asunto liquidado.

—Buena idea…

Abandoné aquella cueva. En la calle, Judith murmuró:

—Puedo andar, Jack, si tú me sostienes…

La dejé en el suelo y nos alejamos de allí apretados uno contra otro, en silencio, sintiendo en mi interior el rugido de una tempestad de odio que todavía no se había calmado. El estremecido cuerpo de la muchacha contribuía a avivar el recuerdo de sus quemaduras.

Cuando llegamos a mí refugio, le quité la chaqueta.

—Acuéstate —dije—. Saldré a comprar algo con que curarte... Ya no tienes nada que temer.

—Sabía que tú me sacarías de allí —susurró—, pero no pude resistir y te delaté... les dije dónde te encontrarían...

—Olvídalo. No debiste dejar que te aplicasen los cigarrillos. Debiste haber hablado enseguida...

—No te vayas aún...

Me incliné sobre ella y la besé suavemente en los labios.

—Tengo que curarte, pequeña. Esas quemaduras pueden infectarse... Pero volveré al instante.

—Te quiero...

—Y yo a ti, cariño, pero eso puede esperar.

La dejé allí, cubierta con las sábanas, y busqué una farmacia donde adquirí lo que necesitaba. Entonces me di cuenta de que mi provisión de fondos estaba agotándose a pasos de gigante. Y ahora no estaba Benny para prestarme ayuda...

Cuando regresaba me encontré con los dos chicos. Estaban esperándome y no parecían muy felices.

—¿Qué pasa ahora? —indagué.

Se miraron entre ellos. Uno era el que me había acompañado a casa de Judith. Al otro solo le conocía de vista.

Al fin habló el primero:

—Hay algo que debe saber... «Bronco» ha hablado antes de morir.

—¿Sí?

—Ha dicho quién es el hijo de perra que le pidió ayuda para hacerse con la foto. Dice que vale una fortuna...

—¿Y bien?

Nueva vacilación. Luego, el golpe:

—El hermano de Judith es quien tramó todo esto. Quedé sin aliento. Al fin comprendía lo sucedido.

—¿Estáis seguros?

—No hay ninguna duda. «Bronco» no habría mentido en el momento de morir.

—No, claro...

—¿Está la chica con usted?

—Sí —dije, preocupado.

—No le diga nada —otra vez se miraron antes de afirmar—: Nosotros nos encargaremos del hermano. Ha entregado a su propia hermana sabiendo lo que iban a hacer con ella... y eso tiene que pagarlo. Judith era de los nuestros, y Benny... y Perry...

Me encogí de hombros. Era la ley de la selva. Ojo por ojo y diente por diente. ¿Quién era yo para cambiar sus costumbres?

—Judith seguirá conmigo —dije solamente—. Yo sabré cuidarla como

se merece.

—*Okey,* usted cuide de ella. El hermanito es asunto nuestro.

Estrecharon mi mano y se alejaron sin pronunciar una palabra. Carne de presidio… ¡Qué pena! Unos muchachos en cuyo pecho anidaba todavía el sentimiento de la amistad y la lealtad, y estaban estropeándose a pasos de gigante. La sociedad debería responder algún día de semejante desequilibrio. Yo había conocido su ambiente y estaba convencido de que no toda la culpa era de ellos.

No le dije nada a ella de lo que había sucedido. Era mejor no apenarla más. Cuando llegara hasta Judith la noticia de lo que había hecho su hermano ya confiaba en que la vida le sonreiría de tal manera que el golpe sería mínimo en comparación con su alegría.

La curé con cuidado, la besé una y mil veces y la dejé dormir toda la noche. Una noche interminable que pasé dormitando a cabezadas en una silla, mientras mi mente seguía galopando en pos de una solución a mí apuro. Si por lo menos el teniente Duncan me hubiera hecho caso…

* * *

A las nueve Judith seguía durmiendo. Respiraba en completa calma, de manera que cuando abandoné el piso no le dije nada.

Busqué un teléfono desde el que llamar a la policía y pregunté por Duncan. Esperé, y en cuanto oyó mi voz me reconoció. Dijo:

—Creo que hay algo de cierto en lo que usted me dijo, Baxter…

Mi corazón dio un salto.

—¿Qué es ello, teniente?

—Venga a verme y hablaremos. No tiene nada que temer. Le garantizo que…

—No me conviene —le atajé—. No quiero acabar metido en una celda.

—Le doy mi palabra de honor de que no tiene nada que temer. Hemos descubierto que poco antes de morir, su esposa recibió una visita. La visita de un hombre cuya descripción encaja como un guante con uno de sus… ejem…

—Sus amantes —le apremié claramente.

—Eso. Bueno, ¿viene usted o no?

Vacilé. Si el policía me engañaba era mi final.

—Siga hablando, teniente —decidí—; después veré si me conviene presentarme a usted.

—Está bien, solo puedo decirle que la policía de Santa Bárbara está buscando a ese individuo, aunque hasta el momento no han conseguido echarle el guante. El tipo ha escapado como alma que lleva el diablo.

Suspiré, aliviado. La huida era su confesión. Aunque, bien mirado, yo también había huido y era inocente.

Al fin dije:

—Iré a verle, teniente, pero recuerde que tengo su palabra de honor.

—Estaré esperándole.

Colgué, y en el acto experimenté una extraña debilidad. Todo estaba tocando a su fin, y casi tenía al alcance de la mano la paz que tan estúpidamente había perdido.

Mientras regresaba a mí refugio, iba apoderándose de mí la euforia del triunfo. Después de todo, había adquirido una experiencia que de otra manera jamás hubiese vivido. Y, lo que era más importante, había conocido a Judith y con ella la vida volvía a empezar con mejores auspicios que nunca.

⋆ ⋆ ⋆

La encontré despierta, esperándome. Me sonrió, todavía con restos de sueño en sus hermosos ojos.

—¿Dónde has estado?

—Hablando con la policía.

Le conté la conversación sostenida con el teniente Duncan. La vi como se ponía tensa y una sombra de inquietud velaba sus ojos.

—Ahora podrás volver a tu mundo, Jack...

Había miedo en su voz.

—Sí, volveré a mí mundo, pequeña, pero contigo. Nunca te separarás de mí.

Me echó los brazos al cuello y sus labios aprisionaron los míos.

Hasta que reaccionó y sus ojos se velaron.

—Jack... —murmuró.

—No me llamo Jack, querida. Puedes llamarme ya por mí nombre. Walter Baxter... y este es el que llevarás tú dentro de poco.

—Querido... Hay algo que debes saber...

—¿Sí?

—Mi hermano...

No la dejé seguir.

—Así que lo sabes...

—Él fue quien dio a «Bronco» el informe sobre la fotografía... Vio el *clixé* cuando yo lo tenía puesto a secar...

—¿Cómo no se apoderó de él entonces?

—Porque le sorprendí. Me dio una excusa y se alejó. Entonces retiré el *clixé* a pesar de que todavía no estaba seco. El confiaba en que lo dejaría donde estaba.

—Comprendo.

Me miró a los ojos y preguntó con temor:

—¿Qué piensas hacer?

—Nada, no es asuntó mío. Encontrará el castigo sin que nosotros tengamos que intervenir.

Entonces la abracé y el tiempo se detuvo para los dos. La mañana se deslizó fuera de aquella oscura habitación mientras el mundo dejaba de girar, y para mí la vida se abría de nuevo como un libro de hojas en blanco, hojas que teníamos que llenar con nuestro amor.

Cuando fui en busca del teniente Duncan, Judith quedó esperándome, inquieta e impaciente.

Pero no tuvo que esperar mucho…

Yo también tenía prisa por estar a su lado.

FIN



LOS MUERTOS NO HABLAN

por Alf Regaldie

El espía no dijo una palabra; con movimiento rápido, preciso, lanzó el estilete contra Sherman.

Sherman saltó para esquivar y el asesino pasó la pistola a su derecha, advirtiendo que había errado su primer golpe.

Terry tenía su pistola en la mano y disparó adelantándose a la acción del asesino.

La bala dio en el brazo derecho de «Míster H». Cayó el brazo inerte y dejó escapar la pistola.

A pesar de ello no se entregó, sino que inició una veloz carrera en dirección a la salida del departamento, trazando movimientos en zigzag para desconcertar al joven.

Disparó Terry y alcanzó al espía en una pierna, derribándolo.

El actor advirtió fríamente:

—Si se mueve, lo va a sentir. Ya le dije que le vencería...



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain